

# **Tiempo de Insurgencia**

Experiencias comunistas en la Revolución rusa

**Producción colectiva**

“...ya es hora de entrar en batalla con un ejército entero de malicia  
satírica contra las aberraciones del sentido histórico,  
contra ese deleite excesivo en el proceso  
en detrimento de la existencia y de la vida...”

Friedrich Nietzsche, *Sobre la utilidad y el perjuicio  
de la historia para la vida.*

## Antes del principio

Lo que sigue es un ensayo de interpretación de la Revolución rusa. Esta publicación nace de un colectivo de pensamiento e investigación formado de manera inesperada. La cátedra de Historia de Rusia de la Universidad de Buenos Aires hace un llamado a la incorporación de estudiantes-adscriptos. Un grupo de cursantes del año anterior, que venía cuestionando desde hacía un tiempo la organización de la producción del saber al interior del aula, propone ingresar a la cátedra *como colectivo*, desafiando de esa forma el carácter individual de la convocatoria. De este desafío, y con la participación de algunos integrantes de la cátedra, surgió el colectivo que produjo este texto. Teníamos en común una vinculación fuerte con la política anticapitalista y, en muchos casos, con algunos de los movimientos sociales que protagonizaron la rebelión de 2001 en Argentina. Así, el primer contacto se dio a la vez por dentro y por fuera de la universidad, buscando romper la escisión entre vida académica y práctica política que nos propone el discurso dominante.

La universidad es un *territorio* que habitamos de manera extraña, violentando nuestros lugares asignados de estudiantes y de docentes, en el intento de producir una pequeña alteración en esa fábrica masiva de sujetos, en esa maquinaria escolar de la que somos carne y venas. Construir este colectivo de estudio en torno de la revolución rusa es para nosotros una de esas extrañas formas de respirar dentro y fuera de la institución. Intentamos combatir la organización propiamente capitalista del trabajo académico; buscamos mecanismos de socialización del conocimiento que no partan de la relación estereotipada *saber - no saber*; queremos horizontalizar la actividad de producción de conocimiento en oposición a la individualización disciplinante de la academia.

Creemos que la posibilidad de escribir, de contar una historia diferente de la que se vuelve dominante en la universidad (y de todas las ramificaciones por las que llega al cuerpo social) depende de la manera en que se produce esa historia. Romper la dicotomía sujeto-objeto, devenir una máquina de enunciación colectiva: para eso investigamos nuevos modos de organizar el trabajo entre nosotros en la misma medida en que investigamos los nuevos modos de organizar el trabajo presentes en la Revolución rusa.

En nuestros primeros encuentros no hicimos más que echar mano a lo conocido: armamos un largo cronograma de lecturas ordenadas en unidades temáticas, que producía una doble separación. Por un lado, entre lecturas teóricas primero y trabajo de fuentes después. Por el otro, al comenzar por el consumo de lo ya escrito para sólo después producir lo propio. Después de todo, partimos de la Facultad de Filosofía y Letras, de la fiebre de *la carrera* de Historia. Pero, lo hemos dicho, estamos jugando el juego de la contradicción: criticamos esta estructura habitándola, igual que trabajamos sin que nos guste la explotación, como armamos parejas mientras hablamos de libertad o rechazamos la compulsión al consumo mientras consumimos compulsivamente.

Pero en los encuentros que hemos realizado durante más de un año, fuimos experimentando transformaciones y cruces de distintos equipajes; las discusiones desprivatizaron el pensamiento, la intervención sobre escritos de otros desprivatizó la producción. Por eso, la escritura colectiva de este trabajo implicó una estructuración distinta de las separaciones disciplinares y profesionales que ordenan la práctica del *científico*.

El ejercicio crítico realizado en las cursadas, inseparable de nuestras propias experiencias en todo aquello que pareciera estar fuera de la universidad (la calle, la plaza, el barrio), fue central en nuestra praxis de investigación. Somos procesos por todos lados, somos un resultado y no un principio, no hay *sujeto de conocimiento* que nos trascienda. La historiografía académica pretende constituirse en un cuerpo especializado y jerárquico escindido de la sociedad. Como habitantes incómodos de la academia, intentamos transformar la

manera de producir el conocimiento, y emancipar así tanto nuestra práctica historiadora como los discursos que sobre el pasado produce.

Por ello reivindicamos este trabajo colectivo como una práctica que no sólo no es corriente, sino que es negada sistemáticamente por los detentadores de los medios de producción académicos. La diferencia entre el colectivo catedrático y el nuestro pasa por erigirnos nosotros mismos en productores de un tipo de saber que de otro modo es impensable.

En definitiva, al socializar aquí nuestra propia experiencia de trabajo horizontal en una nueva lectura de la Revolución rusa, queremos reabrir el debate sobre las estrategias revolucionarias, tanto las del pasado, como las del presente. Queremos hacer visibles otras alternativas posibles de cooperación y solidaridad humanas, mas allá y en contra del capitalismo.

Buenos Aires, febrero de 2006

*Romina Veliz, Luciano Zdrojewski, Pablo Cortés, Ana Guerra, Ezequiel Adamovsky, Martín Baña y Aldo Chiaraviglio.*

## **1. Hacia dónde**

La revolución rusa está marcada por acontecimientos singulares de auto-organización que se resisten a ser integrados en las explicaciones que organizan nuestro conocimiento acerca de esos tiempos.

Una brigada de soldados del ejército Imperial es sorprendida por la Revolución de Febrero en un pueblito de Francia; animados por los rumores que llegan desde Rusia, deciden sustraerse de todo mando y permanecen allí varados, como una anomalía de la historia, hasta que el (nuevo) gobierno ordena someterlos a sangre y fuego. Dentro de Rusia, al mismo tiempo, miles de obreros se organizan en comités de fábricas y reclaman el control sobre la producción; y no son sólo los obreros: por todos lados los campesinos, intelectuales, trabajadores administrativos, artistas, etc., hacen lo propio. Poco antes de Octubre, decenas de miles de artistas y obreros se lanzan a experimentar nuevas formas de cultura emancipada en los talleres del grupo independiente Proletkult. Tiempo después, los campesinos insurrectos en Ucrania y otras zonas se organizan en ejércitos propios, “verdes”, que combaten sucesivamente a los blancos y los rojos en defensa de su autonomía. Todavía en 1921, los marineros de la base naval de Kronstadt, frente a Petrogrado, se declaran en rebelión en defensa de la libertad en los soviets, contra los abusos del estado bolchevique y en apoyo de los huelguistas y manifestantes de las ciudades. En estos ejemplos, como en muchos otros, el gobierno bolchevique suprimió o fagocitó estas experiencias, mientras reconstruía el poder de estado.

## 2. de narradores y narrados

La historiografía elitista –sea “liberal” o “de izquierda”– o bien omite referir a estos acontecimientos, o bien los incorpora marginalmente en series narrativas que les son extrañas. Así, por ejemplo, los ejércitos “verdes” o la rebelión de Kronstadt sólo tienen lugar en la historiografía liberal a la hora de ejemplificar el autoritarismo de los bolcheviques. En este caso, los episodios de Kronstadt y los insurrectos campesinos se incorporan dentro de la gran narrativa de la “libertad” (entendida, claro, a la manera de los liberales): como expresiones de anhelos de libertad política contra un estado crecientemente totalitario; de este modo, la supresión de ambos movimientos puede ponerse en una misma lista junto con la prohibición de los partidos políticos, de las líneas internas del partido bolchevique, o de la Asamblea Constituyente. Por otro lado, las expresiones de autoorganización de las clases subalternas en general –soviets, comités de fábrica, comunas, etc.– aparecen como formas devaluadas, primitivas, de aquellos anhelos, distantes de la “verdadera” democracia, que es aquella que sucede en las instituciones estatales y es canalizada a través de élites; de hecho, la “tragedia” de la Revolución reside en la “debilidad de la cultura democrática de Rusia” y la incapacidad general de los rusos de “convertirse en ciudadanos”.<sup>1</sup> Nuevamente en este caso, los acontecimientos a los que referimos son incorporados en una serie narrativa que construye un tiempo lineal y homogéneo: el tiempo del “progreso” y el despliegue de la “libertad”. En ese tiempo, la iniciativa histórica de los grupos subalternos aparece invisibilizada o marginalizada.

Aunque interesada en una historia “desde abajo”, con frecuencia la historiografía “de izquierda” ha generado efectos similares. En este caso, los acontecimientos relevantes de la revolución se seleccionan y

---

<sup>1</sup> Ver por ejemplo Orlando Figes, *La Revolución Rusa (1891-1924): La tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2000, pp. 828-37, 879. El autor de esta obra, por otro lado, se burla de los “cómicos” experimentos de *Proletkult* (v. p. 802).

ordenan de acuerdo a otra gran narrativa: la del desarrollo de la conciencia y la acción revolucionaria de la “clase obrera” en el camino hacia el comunismo. Así, cuando no se los invisibiliza, los demás sujetos sociales en revolución aparecen en un papel secundario y subordinado: los “atrasados” campesinos rebeldes “no comprenden” las tareas del momento. Pero incluso los obreros reales, de carne y hueso, sucumben ante una narrativa que construye un tiempo lineal, necesario y previsible. Su propia iniciativa histórica es visualizada y valorada sólo en la medida en que coincide con el ideal abstracto de la “clase obrera” revolucionaria que proyecta la narrativa en cuestión. De este modo, quienes apoyan los soviets antes de Octubre son revolucionarios, mientras que quienes lo hacen después “no comprenden” las tareas del momento, o actúan como enemigos de la revolución. Si la “dictadura del proletariado” (imaginada como toma del estado por parte de un partido) es la etapa necesaria que sigue a la del “doble poder” en una línea temporal que concluirá en el comunismo, entonces los rebeldes de Kronstadt “se quedaron en el pasado”. Como argumentaba Trotsky (sin apoyo en evidencia alguna), los miembros de la guarnición de Kronstadt en 1921 no eran los mismos que fueron valuartes de la Revolución “bolchevique” en 1917: los obreros “conscientes” habrían muerto durante la Guerra Civil, y los habrían reemplazado “muchachos campesinos vestidos de marineros” que traían actitudes “pequeñoburguesas” de sus aldeas. No casualmente, como historiador, Trotsky eligió concluir su monumental *Historia de la Revolución Rusa* en el momento de la toma del poder por los bolcheviques. Todo lo que sucediera después —las protestas contra la supresión del control obrero de la producción, la rebelión de los campesinos de Ucrania y de los marineros de Kronstadt, etc.—no pertenecía a *su* revolución.

### **3. de cómo sortear los retenes: el enroque del progreso**

Las conclusiones de la historiografía elitista no nos satisfacen. Nos gustaría presentar otra forma de comprensión de la instancia conocida como la revolución rusa. La apuesta es la de (re)crear lo que para nosotros implica una movilización insurreccional masiva y revolucionaria. Queremos partir de los movimientos revolucionarios existentes en ese territorio conocido como el Imperio Ruso; partir de los fragmentos ignorados o subalternizados por las narrativas hegemónicas, y construir nuestra interpretación a partir de ellos. Toda historia de una revolución busca las causas, intenta trazar el mapa de condiciones objetivas: realidades socio-económicas, realidades políticas, realidades culturales; con este mapa se pretende evidenciar el fermento de una revolución. Todas empiezan diez, quince o treinta años atrás. Pero en estos razonamientos que impone el tiempo continuo dejamos de lado la situación excepcional, la ruptura violenta de un orden. Dejamos de lado lo que dicen, no ya los dirigentes tan afines a los racionalismos, sino los colectivos. Tenemos que encontrar o inventar una tecnología que nos permita aproximarnos a esos procesos virulentos de desujecación y devenir.

¿Cómo llegamos a esta idea de mantenernos por fuera de las síntesis totalizantes que a posteriori se han impuesto a todos estos acontecimientos? Hay una serie de condicionantes que nos llevan a desconfiar de las conclusiones de la historiografía hegemónica. Algunos de estos condicionantes se anclan directamente en nuestras experiencias políticas actuales y recientes, como activistas en distintos movimientos populares potenciados por las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, y en todo ese campo de praxis que se abrió en Argentina entonces. La participación en las diversas movilizaciones, cortes de rutas y asambleas de base nos dan la posibilidad de desconfiar de las síntesis que sobre ese movimiento multiforme se quieren imponer (un mero reclamo contra el “corralito” y la corrupción según la prensa oficial; una movilización de la “pequeña burguesía” el 19 y de la “clase obrera” el 20, según la rápida

sociología de la izquierda vernácula). Es esta experiencia múltiple la que nos impulsa a atacar las totalizaciones predominantes del mundo académico, buscando formas de narrar la historia que sean solidarias con el espíritu emancipatorio que nos anima.

Necesitábamos, pues, rescatar la iniciativa histórica de los insurrectos sepultada bajo el peso de los grandes relatos que organizan el pasado. Quitarles la mordaza de las explicaciones historiográficas dominantes, para quitarnos así las propias. Emancipar la marea incontenible de los acontecimientos insurreccionales del orden disciplinario del relato unidireccional.

#### **4. El progreso en jaque**

Para desafiar la historiografía elitista y recrear un sentido de la insurrección a partir de acontecimientos subalternizados y aparentemente inconexos, nos vimos forzados a atacar la concepción del tiempo que nos legó el siglo XIX. Nos parecía que, más allá de los contenidos narrativos explícitos –liberales, comunistas, anarquistas, o lo que fuere–, los momentos insurreccionales habitaban una temporalidad radicalmente diferente a la implícita en los relatos dominantes. En éstos, cada momento es relevante sólo si es consecuencia de uno anterior, y causa del siguiente, es decir, si pertenece a una serie temporal homogénea, continua, lineal, si es un-paso-más-para-el-desarrollo-de (o, lo que es lo mismo, si retrasa o dificulta-el-desarrollo-de). Como señala Agamben, esta representación del tiempo como algo lineal, homogéneo y vacío, dentro de lo cual suceden los eventos que llamamos historia, “surge de la experiencia del trabajo industrial” bajo el capitalismo:

[L]a noción que preside la concepción decimonónica de la historia es la de ‘proceso’. El sentido pertenece sólo al proceso en su conjunto y nunca al *ahora* puntual e inasible; pero dado que ese proceso en realidad no es más

que una mera sucesión de *ahoras* conforme al antes y el después, (...) la única manera de salvar la apariencia de sentido es introduciendo la idea, privada de todo fundamento racional, de un progreso continuo e infinito. Bajo la influencia de las ciencias de la naturaleza, ‘desarrollo’ y ‘progreso’, que simplemente traducen la idea de un proceso orientado cronológicamente, se vuelven categorías rectoras del conocimiento histórico. Semejante concepción del tiempo y de la historia priva necesariamente al hombre de su propia dimensión y le impide el acceso a la historicidad auténtica.<sup>2</sup>

Para decirlo en palabras de Walter Benjamin, la historicidad auténtica es objeto de una construcción “cuyo lugar no es el tiempo homogéneo y vacío, sino aquél pletórico de tiempo-ahora”. Por eso, más que llenar el tiempo lineal ordenando los eventos que “contribuyen” a la trama, la tarea del historiador es la de “hacer saltar el continuum de la historia” o, volviendo a Agamben, pensar el evento “ya no como una determinación espacio-temporal, sino como la apertura de la dimensión originaria en la que se funda toda dimensión espacio-temporal.”<sup>3</sup>

Los acontecimientos que nos interesan se resisten a ser aprehendidos dentro de la temporalidad lineal dominante; por el contrario buscan ser recuperados a partir del tiempo real de la experiencia; el tiempo-ahora es el tiempo de la praxis, el tiempo de la acción, de la voluntad creadora, del evento que hace tambalear las estructuras existentes, del momento en donde las posibilidades se abren y ya no quedan caminos marcados, sino que se constituyen en ese mismo instante. El tiempo-ahora de la praxis se manifiesta especialmente en los momentos insurreccionales, cuando el sistema colapsa. Es allí cuando el tiempo lineal de lo conocido, del proceso ordenado según causas y consecuencias, se desmorona, y se abre paso el tiempo de lo que podría llegar a ser, el tiempo vital de la elección humana, de los movimientos como poderes de invención.

---

<sup>2</sup> Giorgio Agamben, *Infancia e historia: destrucción de la experiencia y origen de la historia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2001, pp. 140-41.

<sup>3</sup> Walter Benjamin, “Sobre el concepto de historia”, en idem, *La dialéctica en suspenso: fragmentos sobre la historia*, Santiago, Arcis/Lom, s./f., pp. 61-62; Agamben, *Infancia e historia*, p. 153.

## 5. de la vindicación como operación histórica

El tiempo lineal, vacío y homogéneo es siempre el tiempo del poder (sin importar quién lo encarne) no sólo porque marginaliza los tiempos subalternos y priva de toda plenitud al momento real de la experiencia. También lo es en la medida en que ordena siempre la serie de eventos de modo tal de explicar (y por ello justificar) lo existente, y de anticipar (y por ello moldear) lo por-venir. Y ya que la clase dominante no ha dejado de vencer, el existente que así se explica/justifica es el que ha sido moldeado a su imagen y semejanza.<sup>4</sup> En este marco estamos pensando la operación de síntesis dialéctica como una herramienta de esa historiografía que queremos combatir, ya que constituye una forma de ordenar y reconducir las multiplicidades a una unidad que “supera” ese campo de fuerzas abierto, constituyente. Es decir, que mediante la operación de síntesis se genera la clausura de esos tiempos (y también de las prácticas que fundan esos tiempos).

Por eso, nuestra práctica historiográfica no puede contentarse con explicar lo que es: debe desafiar el decreto de la ciencia dominante según el cual el conocimiento válido es sólo aquel que se restringe a estudiar lo existente. Por el contrario, necesitamos inventar una historiografía de las ausencias, y una de las emergencias.

Una historiografía de las ausencias trataría de identificar aquella región de lo no-existente que ha sido activamente producida como tal. Algo que no-existe ha sido activamente producido como inexistente allí donde su presencia fue descalificada, invisibilizada, silenciada, descartada o reprimida como parte del proceso de formación de lo existente. Una historiografía de las ausencias debe dedicarse a visibilizar las huellas de estas presencias ausentes en la propia realidad de lo existente, en sus actos, instituciones y discursos.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> Ver Benjamin, “Sobre el concepto de historia”, p. 51.

<sup>5</sup> Un buen ejemplo de esto es la carta que Lenin envió a los campesinos y obreros de Ucrania felicitándolos por la victoria contra el ejército

Una historiografía de lo emergente, por otro lado, busca “identificar y amplificar los signos de las posibles experiencias futuras, que se presentan como tendencias o latencias, y que son activamente ignoradas por el conocimiento y la racionalidad hegemónicas”.<sup>6</sup> Se trata, entonces, de complementar el estudio de lo que ha sido creado como no-existente, con el análisis de lo que “todavía no existe” (o, dicho de otro modo, existe sólo como posibilidad).

Y así nos llegan noticias de bandas de campesinos armados que pasan arrasando por las aldeas de Ucrania sin tocar un solo campesino; de marineros que se encuentran en Kronstadt en asamblea permanente; de un destacamento del ejército ruso apostado en un pueblito de Francia; del barullo en las fábricas... Todas estas noticias nos acercan a unos cuerpos, a unos individuos que se resisten a ser serializados y homogeneizados en el tiempo de los historiadores y del capital. Su existencia no es causa ni consecuencia de una línea temporal que les es ajena. No conducen a nada, y sólo violentando sus anhelos puede incorporárseles en la gran narrativa de la “civilización” y la “libertad”, o en la del despliegue de la “clase obrera” abstracta de los manuales bolcheviques.

¿Pueden articularse estos acontecimientos en apariencia dispares dentro de una misma narrativa, o por el contrario están condenados a permanecer como fragmentos inconexos? ¿Podría una narrativa tal

---

reaccionario de Denikin. En este saludo a los combatientes se incurre en la negación del ejército insurreccional de Ucrania: si por un lado ni se lo menciona (se lo niega) por el otro saluda a todos los obreros y campesinos de Rusia por la victoria de la revolución (se sintetiza una multiplicidad de actores, de movimientos que provocaron la derrota de Denikin de los cuales el estado soviético era sólo uno más). V. Lenin, “Carta a los obreros y campesinos de Ucrania con motivo de las victorias sobre Denikin”, en *Obras Escogidas*, Buenos Aires, Cartago, 1973, pp. 586-592.

<sup>6</sup> Boaventura de Souza Santos, “El Foro Social Mundial: Hacia una globalización contra-hegemónica”, en Jai Sen et al. (eds.), *El Foro social mundial: desafiando imperios*, Málaga, CEDMA, 2004, pp. 330-43. Retomamos aquí libremente la reformulación epistemológica que propuso este autor para el campo de la sociología.

otorgar sentido al mundo en que habitamos, pero sin traicionar las voluntades de sus protagonistas?

## 6. del viejo topo que sigue socavando

Si no es en un tiempo lineal, homogéneo y vacío, ¿qué tiempo habitan los momentos insurreccionales? Algunos historiadores vienen explorando respuestas a esta pregunta, y construyendo relatos que, a contrapelo, buscan iluminar la presencia y productividad histórica de los sujetos subalternizados. Aunque no nos sea posible traer simplemente a la luz las “verdaderas” presencias suprimidas bajo el peso de la hegemonía (“otorgarle voz a los que no tienen voz”, según la formulación del historiador bienintencionado pero ingenuo), podemos intentar sin embargo “dibujar los trazos de figuras que sólo nos llegan desfiguradas”; como diría Gyan Prakash, restaurar sus presencias “a través de las sombras que proyectan las propias desfiguraciones”.<sup>7</sup> En los propios movimientos del poder para someter los cuerpos –en los cambios en sus instituciones, discursos, tecnologías y prácticas– podemos todavía “leer” lo que fue suprimido, silenciado, clasificado, hegemonizado. Como fruto de esa iluminación, comienzan a escribirse narraciones en las que el presente, antes que la conclusión necesaria de una “evolución histórica”, aparece como el resultado (en gran medida impredecible) del choque entre la creatividad inmanente de lo social y los intentos de las clases dominantes –siempre precariamente victoriosos– por apropiarse de esa potencia. Aun silenciados e invisibles, son los sujetos subalternizados los que moldean el tiempo y el espacio. Así, en los relatos que construyen los historiadores de la subalternidad, el tiempo ya no es lineal –el de la élite–, sino discontinuo y poblado por cuerpos que crean el mundo, resisten y luchan por sustraerse de la dominación (de

---

<sup>7</sup> Gyan Prakash, “Can the ‘Subaltern’ Ride?”, en Diana Brydon (ed.), *Postcolonialism: Critical Concepts in Literary and Cultural Studies*, 5 vols., Londres y Nueva York, Routledge, 2000, III, pp. 916-33, 924.

las instituciones, de los nombres, de las identidades unívocas, de las tecnologías de clasificación, etc.). En cierto sentido, sujetos así concebidos habitan “dentro y fuera” del tiempo, ya que son sus protagonistas pero también su condición de posibilidad.

Esta “historiografía de las ausencias”, aunque fundamental, es sin embargo insuficiente. Porque una historia subalterna requiere no sólo visualizar las presencias suprimidas en el pasado (y por ello en el presente) sino también, hemos dicho, apuntar a las emergencias, lo que pudo haber sido, y lo que aún podría ser. Pero no se trata simplemente de imaginar o postular escenarios alternativos deseables para la historia o para nuestro presente: tales atajos metafísicos nos están vedados. Se trata, otra vez en este caso, de iluminar lo que podría ser/haber sido a partir de las marcas que ha dejado la producción activa de lo no-existente, y de las efímeras huellas que pudieran haber dejado esos otros pasados posibles. Una historia emancipada no puede tomar como punto de partida sólo a sujetos concluidos, identificados, clasificados, sino a aquellos que habitan los momentos en los que clasificaciones e identidades colapsan y se abre un océano de posibilidades (en otras palabras, los momentos de revuelta y de creación que quiebran la fuerza de las determinaciones previas).

¿Cómo inventar una tecnología que nos permita aproximarnos a ese tiempo-espacio transformacional que abre la posibilidad de un nuevo orden? ¿Cuál podría ser la temporalidad propia de la creación, del “tiempo-ahora” de la praxis y del “todavía-no” del deseo emancipatorio? No participa, sin duda, de la línea temporal que proponen los relatos del poder, sino que permanece como un tiempo de plenitud, “en suspenso”, paralelo. Se ubica en un “pasado indefinido” que pertenece a “todos los tiempos” (Bergson),<sup>8</sup> y acecha desde allí como un fantasma al pasado y al presente; para decirlo con la poderosa metáfora de Marx, cava silenciosamente bajo tierra, como un viejo topo, mientras el tiempo lineal pasa en la superficie. ¿Cómo presentar narrativamente una temporalidad así definida? La pregunta

---

<sup>8</sup> Ver Paolo Virno, *El recuerdo del presente: ensayo sobre el tiempo histórico*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 28.

es crucial porque somos historiadores: nuestra tarea no es celebrar la fragmentación y el sinsentido, sino contar historias que aporten sentidos a la experiencia colectiva.

## **7. de la historia como cartografía**

Es para responder esa pregunta que nos hemos lanzado a indagar las experiencias de auto-organización que poblaron el momento revolucionario ruso. Intentamos dejar de ver la revolución *como sucesión de causas y efectos*, para empezar a ver el proceso revolucionario en tanto tiempo pleno del evento en el que se decodifican y recodifican los espacios, se imprimen nuevas velocidades y nuevos tiempos, cuando la objetivación del capital se cae y surgen las subjetividades revolucionarias: todo esta construido y por construir, todo destruido y por destruir. ¿Cómo encontrar un sentido dentro de ese magma? Por supuesto, buscamos un sentido que sea fiel a la experiencia, es decir, que no esté orientado por un resultado posterior que le sea ajeno, ni por el gran relato del “progreso” de la historia. Porque la linealidad de la historia de la multitud es la derrota misma que el poder le inflige: lo que podría ser un cuerpo de experimentación de temporalidades múltiples, ha sido integrado a la valorización del capital y por consecuencia a la experiencia lineal y totalizante del tiempo que el capitalismo produce.

En nuestra búsqueda exploramos una alternativa posible: realizar un “mapeo isomórfico”, tratar de organizar la multiplicidad de los momentos revolucionarios a partir de sus formas símiles, estudiar cada situación en su ontología plena, no como transiciones ni pasos hacia tal o cual resultado, ni como formas fallidas o casos excepcionales, ni como fases o etapas, sino en su acabamiento mismo. En otras palabras, rastrear las huellas que van de Ucrania a Kronstadt, y de allí a Tambov y también al territorio francés; rastrear huellas sin dirección determinable a priori, que no se causan ni se consecuncian (como en

el tiempo lineal), que quizás no se unan por vínculos lógicos, sino más bien formen una constelación. Buscamos destilar así aquello que pudiera darnos pistas acerca de la temporalidad emancipatoria y la naturaleza de los sujetos que la habitan.

## **8. Constelaciones desobedientes**

¿Cómo enunciar ese entramado de movimientos que estalla a partir de febrero de 1917? No hay ley, pero ¿cómo aprehender esta ausencia como potencia? ¿Cómo comprender el amotinamiento de un soldado, la expropiación de tierras, la huelga general, la producción autogestionada en las fábricas? ¿Cómo entender la pérdida de poder de un aparato de estado, situarse en la fuerza de la multitud irrumpiendo como autónoma de toda mediación sobre su hacer? Esa multitud no es la unidad que parece sugerir tal designación. La nombramos como totalidad sólo en el sentido de conjugaciones que golpean de maneras distintas y en puntos distintos de la serie de dominación del régimen social ruso, que ya venía siendo moldeado por el mercado y el estado capitalistas. Ya en la producción de manufacturas, ya en el cultivo de la tierra, ya en la propiedad, ya en la familia, ya en la sexualidad, ya en el arte, ya en la ciudadanía, ya en el sistema de representación parlamentaria, ya en la estructura terrateniente del campo, ya en la movilización o en el consumo de las mercancías. Ciertamente, la articulación de estos múltiples no necesariamente produce una coordinación de movimientos unificada u homogénea. Pero el efecto de estos movimientos disímiles se inscribe en la interrupción de la dominación social.

Queremos hablar de esa multiplicidad que se afirma en el territorio ruso, que se expande redefiniendo la instancia de lucha de clases a nivel mundial, obligando a cambiar la estrategia misma de dominación. Adentrarnos en este problema parece imposible; operamos sobre la revolución rusa destotalizándola, llevándola, lo más

posible, a una analítica de movimientos y no de “una” realidad. Muchas realidades; tantas, al menos, como movimientos se presentan. La imagen es la de una ramificación pero sin un tronco, sólo ramas con sus nodos. La destotalización nos permite ver a los bastardeados, a los ignorados por la oficialidad de la memoria. Y esos bastardos, hijos de ninguna familia sino de la movilización misma, sin historias grandilocuentes de atentados al zar, pero con oscuras genealogías de resistencias de las más variadas, nos permiten pensar nuestro presente destotalizado pero con necesidad de organización. Queremos plantear una constelación que nosotros postulamos como “movimiento revolucionario”: creemos que ese concepto puede servir para enunciar esa encrucijada de no totalización de la multiplicidad. Pero ¿qué es lo que hace de esta multiplicidad no totalizada, finalmente, *un* movimiento?

En nuestro mapeo isomórfico, un elemento omnipresente es la *desobediencia*. Febrero de 1917. Las huelgas y manifestaciones ponen fin al régimen zarista. Se constituye el gobierno provisional y al mismo tiempo se extiende la organización de una estructura que va a tener un dinamismo insoportable en algunas regiones: los soviets. El gobierno provisional es el efecto de la insurrección sólo en tanto capacidad del sistema de enjaular, condicionar y dirigir el acontecimiento de masas; aparece así enfrentado por ese otro poder que cada vez tiene más potencia de acción. Esta es la etapa del *doblo poder*, en la que las organizaciones populares y revolucionarias disputan palmo a palmo las decisiones de todo lo que ocurre en Rusia. Según la historiografía que cuestionamos, en este momento los soviets tratan de controlarlo todo y *acumular* poder a costa del gobierno provisional. Finalmente, se nos dice, gracias a la acción militar decisiva de los bolcheviques, el Segundo Congreso Panruso de los Soviets terminó de concentrar el poder, eliminó al gobierno provisional, y confió a Lenin la construcción de una nueva sociedad. Como en la *Historia* de Trotsky, la Revolución terminaba ese 25 de octubre.

Vista desde abajo y desde sus fragmentos múltiples, sin embargo, la revolución luce bastante diferente. Situados desde esa perspectiva, no parece que fuera una lucha por la construcción o apropiación del

poder *de/mediante* instituciones estatales. Tampoco parece sólo una lucha entre burguesía y clase obrera. Antes bien, la revolución luce como un vasto proceso de sustraerse de *todo* poder, en el que participan masivamente personas de las más diversas condiciones sociales. Había comenzado espontáneamente antes de que los partidos (e incluso los soviets) entraran en escena, y continuó luego de que ambos gobiernos –el provisional y el bolchevique– fueran designados.

Los obreros desobedecen, manifiestan, paran, se amotinan. Dentro de las fábricas, las luchas apuntan cada vez más al control de la producción. Las demandas reivindicativas se transforman en acciones de poder obrero; antes de Octubre, los comités de fábrica se lanzan a expropiar a los empresarios y ponen la producción en sus propias manos. Después de Octubre los comités siguen luchando –esta vez contra el nuevo gobierno, que intenta reimplantar el gerenciamiento unipersonal– para conservar el control de la producción. Antes y después, desobedecen.

En el campo la desobediencia es aún más visible, en la tendencia a autonomizarse de los órganos del gobierno, a realizar el reparto de la tierra mediante la expropiación de los terratenientes sin esperar –como les pide el gobierno provisional– a que lo ordene la Asamblea Constituyente. Mientras expropian, refuerzan sus propios lazos políticos y sociales autónomos e igualitarios dentro de las viejas comunas campesinas, ahora devenidas también comunidades de acción revolucionaria. Dos regiones nos han llamado particularmente la atención: Ucrania y la zona del Volga. En las dos se da un fuerte proceso de autonomización de los colectivos campesinos, aunque con distintas formas organizativas. En Ucrania comienzan a operar los *bossiakis*, comandos campesinos que luchan contra las tropas del Hetman (el jefe local cosaco) y contra los terratenientes y sus mercenarios. Estos comandos de tipo guerrillero actúan independientes unos de otros y atacan constantemente al mando estatal débilmente reconstituido. En cambio en el Volga no aparecen estos destacamentos pero si recrudecen las expropiaciones de tierra, herramientas, ganado. A su vez, destruyen aquellas instalaciones que no puedan expropiar, y expulsan o incluso ajustician a algunos terratenientes. Como los obreros, los campesinos también continúan

luchando luego de Octubre por sus derechos adquiridos, peleando muchas veces tanto contra los ejércitos blancos como contra los bolcheviques. Un claro ejemplo de esto es lo que acontece tras la firma del tratado de paz de Brest-Litovsk, en la cual se decide la entrega de Ucrania al ejército alemán. Si los ejércitos austro-alemanes violentan a los campesinos ucranianos para satisfacer sus necesidades, los campesinos oponen una violencia tenaz al hecho de ser reducidos a trabajadores bajo el mando del poder de turno. Los ejércitos de campesinos auto-organizados resisten a las tropas de un ejército invasor, pero también resisten a la expropiación de granos que se les impone en nombre del estado durante el Comunismo de Guerra. Las comunas libres transforman la tarea de cultivar: si para el estado el grano es trabajo socialmente realizado que debe ser destinado al mantenimiento del ejército, los guerreros campesinos ven en su actividad algo distinto. No ven allí trabajo stockeado –aunque ellos consuman el grano y lo compartan con los soviets libres de distintas ciudades de Ucrania– sino que el grano es para los guerreros parte de su autonomía, es lo que les permite una movilidad no igualable por las tropas rojas o las de los terratenientes o de los alemanes. El grano de los campesinos es praxis de libertad y por eso lo retacean a los ejércitos. Entonces hay una guerra permanente y continua: ya entre las tropas alemanas y la insurgencia revolucionaria, ya entre modos de vivir. El rechazo no es sólo entonces a la ocupación militar del territorio sino al disciplinamiento laboral y la expropiación de productos que los tiempos estatales reclaman. Guerrilleros de noche y campesinos de día, han tomado la decisión de decidir, y en su “tiempo-ahora”, en su presente que no es instante fugaz sino único momento de praxis posible, apostaron por la construcción de comunas autónomas. Esas comunas son un experimento minoritario pero contundente. Se llegaron a crear varias, en las que se proponía la libre asociación de productores en base a la ayuda mutua. Las primeras comunas libres de entre cien y trescientas personas se auto-organizan, con el apoyo de los congresos regionales de campesinos, obreros e insurgentes, que aportaban las herramientas y el ganado confiscado a las fincas vecinas de la nobleza. Confianza mutua: estos guerreros campesinos han cruzado un umbral, colaboran entre sí sin necesidad de las reglas del estado o del mercado. Entonces, el trabajo ya no es trabajo; ya no hay posibilidad de acumulación.

En el ejército también abunda la desobediencia. Había comenzado en forma casi instintiva desde el primer día de la revolución en Petrogrado. Cuenta Sukhanov, testigo de los hechos, que ese día un destacamento del regimiento Pavloski que se dirigía a su cuartel se encontró imprevistamente con la escena de la policía Imperial disparando contra la multitud desarmada, al otro lado del río. “Entonces, viendo caer a su lado a gentes desarmadas, y encontrándose ellos mismos en el ángulo de tiro, los soldados contestaron por encima del canal contra los policías. Cuando volvieron a su cuartel, era ya en calidad de amotinados...”<sup>9</sup> A medida que avanza la Revolución, el flujo de soldados que vuelven semiclandestinos a sus pueblos, aldeas o ciudades se ha transformado en constante. La particularidad de esta vuelta es doble: por un lado comienza a haber cada vez más poder de fuego por parte de los insurreccionados campesinos y obreros. Por el otro lado, la experiencia que traen del frente, de la guerra, de la insubordinación, del ajusticiamiento a los oficiales, supone un vector de radicalización, de contaminación subversiva, de aceleración de la lucha de clases. Coincide con el recrudecimiento de las expropiaciones de tierras y herramientas, con la destrucción de instalaciones de terratenientes, con la creciente independencia de acción –de los campesinos y obreros– sobre las medidas dilatorias del gobierno cada vez más provisional. La desobediencia en el ejército se contagia desafiando fronteras nacionales, y la encontramos incluso en un destacamento del ejército zarista apostado en La Courtine, un pueblito francés. Es febrero de 1917, y la situación de doble poder pone en duda la cadena de mandos. En ese contexto, los soldados rusos abandonados a su suerte en Francia, listos para morir en una guerra ajena, se negaron a cualquier mando de la oficialidad y sólo se manifestaron dispuestos a seguir su deseo: volver a Rusia. Las estructuras se desmoronan y los pueblos ya no preguntan sino que mandan, claman por lo que es suyo, no hay más vueltas que dar, hay que dejar esta guerra y volver inmediatamente a casa.

---

<sup>9</sup> Nicolás Sukhanov, *La Revolución rusa*, Barcelona, Luis de Caralt, 1970, p. 40.

El gobierno provisional –todavía en guerra– no puede permitir la ruptura de la cadena de mando. Kerenski envía el 18 de mayo un emisario para que observe la situación y trate de apaciguar los ánimos; con él llega el general Zankevich. En La Courtine los soldados dan comienzo a los mitines: es hora de deliberar, la oficialidad es rechazada y la mediación anulada. Como en las fábricas autogestionadas, como en las comunas libres, los regimientos colectivizados descubren la posibilidad de realizarse sin el mando; es la anulación de la obediencia. Frente a ello, el gobierno provisional introduce principios democráticos a partir de los cuales los soldados eligen un comité ejecutivo. Pero lo que hace una semana era la avanzada democrática se ha vuelto un polo conservador, el nuevo poder constituido lucha contra el poder constituyente, exhortando a las brigadas a volver a la “normalidad” (la disciplina).

Chocan las líneas de poder y la oficialidad es desconocida. El Primer Regimiento organiza un mitin general al que asiste el Segundo y unidades del Quinto y Sexto. Las discusiones se suceden y las horas se prolongan. Tras la jornada de deliberación los soldados declaran depuesto el Comité del destacamento a sólo dos semanas de haberse elegido; el poder reconducido a un nuevo centro se vuelve a descentralizar, la representatividad se anula y no hay más qué mediar. Sólo existe un centro de decisión colectiva: el mitin. No hay lugar para instituciones, la intensidad de la experiencia no deja sitio a la fosilización, sus tiempos son otros, la espera ya no existe, el tiempo es ahora. Ante esta situación el jefe de la división trata de retomar la cadena de mando y da la orden de salida; pero los soldados se niegan a cumplirla respondiendo con un llamamiento: no tiene sentido la instrucción ya que se ha decidido no guerrear más.

Al autonomizarse las fuerzas, éstas proyectan su propia direccionalidad, llegando a colisionar entre ellas. Las continuas hostilidades entre la Primera y la Segunda Brigada amenazan con estallar en un gran conflicto, la tensión parece precipitarse hacia una guerra al interior del destacamento. La disputa es política: la Segunda decide plegarse al Gobierno Provisional mientras que la Primera se opone. Esta situación obliga al General Zankévich a responder y la “orden” es impartida: los soldados leales al gobierno deben tomar

consgo todas las municiones y abandonar inmediatamente el campamento de La Courtine<sup>10</sup>. Un día después las brigadas efectivamente se dividen, los partidarios del gobierno se movilizan fuera del campamento, del que son expulsados el resto de los oficiales. Los intentos de persuadir a los insurrectos continúan, no hay fuerza militar del Gobierno Provisional capaz de aplacar al soviets. La brigada sublevada ha proclamado, y está dispuesta a defender, su decisión: volver inmediatamente a Rusia.

Los rebeldes de La Courtine serán finalmente aplastados por el Gobierno Provisional, pero la desobediencia militar no morirá allí con ellos. La encontramos todavía a fines de febrero de 1921 en Kronstadt, ciudad fortificada dentro de una isla en el Golfo de Finlandia, a 30km. de Petrogrado. El panorama es otro: no sólo la Guerra Mundial sino la guerra civil se dice terminada. También el socialismo se dice en construcción. Los marinos se levantan y otra vez, resistencia a la supuestamente vieja jerarquía: quieren echar a los “especialistas militares”, piden una armada en forma de soviets, pero de soviets libre. Igual que en las fábricas, el control en la flota se había centralizado muy pronto con el argumento de la guerra civil. Se va a levantar en Kronstadt un nuevo lema “Todo el poder a los soviets pero no a los partidos”. A bordo de la nave Petropávlovsk se elabora la resolución cuyos puntos incluyen: elecciones libres en los soviets, reparto igualitario de raciones de comida, basta de privilegios para los

---

<sup>10</sup> Una brigada es una unidad orgánica compuesta por varios regimientos o batallones. Ante la disputa entre la Primera y Segunda Brigada, la última amenaza al mando pidiendo la instrucción de dejar el campamento y separarse de la Primera Brigada; en caso contrario llevará a cabo esta acción bajo su propia cuenta y riesgo. Dentro de la estructura militar las decisiones son codificadas como “órdenes” que parten de arriba hacia abajo, de la oficialidad al cuerpo de soldados. Pero estamos viendo claramente cómo en este caso la situación se invierte: los soldados dictan las órdenes anulando así al mando, incluso la sección “leal” al Gobierno Provisional y que pretende respetar la línea de poder altera este funcionamiento. Pero a pesar de ello, la voluntad de la Segunda Brigada es reconstituir la legalidad y mantener la estructura castrense, y debe entonces exigir la orden formal de una superioridad antes de proceder.

bolcheviques, que se forme una comisión para revisar qué está pasando en las prisiones. Pero no todo es claridad en la isla, esa resolución son cuerpos en discusión, son enfrentamientos, se recibe y escucha a las autoridades pero después se las encarcela; algunos quieren presionar pero no romper con el gobierno, muchos defienden la autonomía ya. Cerca de 16.000 personas se reúnen en la Plaza del Ancla el 1 de Marzo, a varios días de estallado el conflicto. La autoridad del soviet local es desacreditada y se convoca a nuevas elecciones. Mientras tanto, como en La Courtine, los mitines pasan a ser el centro de decisión colectiva. Y sin embargo, cuando llegan noticias de que tropas del gobierno bolchevique están en camino para terminar con el levantamiento se posterga la elección del nuevo soviet. Se forma en cambio un Comité Revolucionario Provisional y el mando parece reconcentrarse. Se crean troikas (triumviratos) en cada institución pública, en los sindicatos y en las unidades militares, para que ejecuten las órdenes del Comité y se dicta el toque de queda. Acontecimientos ni perfectos ni ideales, el problema de la descentralización y nueva centralización, de los nudos, de la representación, vuelve una y otra vez (tal como el Comité en Kronstadt, en Ucrania también los campesinos insurrectos mantuvieron durante años un comando del ejército permanente liderado por Makhno; incluso el movimiento tomó el nombre de su líder para ser conocido como la makhnovshchina).

Los marinos de Kronstadt saben que una armada autogestionada, que una vida en soviet, no dependen simplemente de decisiones. Es práctica constante, es actividad, construcción. Y entonces el enfrentamiento resiste simplificaciones. El gobierno bolchevique manda un ultimátum: hay que arreglar la máquina descompuesta, la isla debe someterse y cooperar. Pero el de los amotinados de Kronstadt es un tiempo de construcción que no tiene ruta previa, que traza el mapa mientras camina. Años atrás otro gobierno (el de Kerenski) exigía categóricamente que los soldados insurrectos de La Courtine se redujeran inmediatamente a la obediencia. La urgencia del ultimatum frente a una dinámica de construcción que no tiene plazos precisos nos permite decir que aquí también se disputa la producción del tiempo. Se trata de universos y temporalidades distintas que conviven durante la revolución. Finalmente gana el tiempo del

ultimatum, y los marineros de Kronstadt son aplastados a fuego y balas. Mientras por todas partes va triunfando el tiempo del estado –en La Courtine, en los comités de fábrica, y pronto también entre los campesinos insurrectos– el tiempo-ahora de la praxis emancipada vuelve a ser condenado a su existencia subterránea, paralela, expectante.

Y sin embargo, por estos tiempos revolucionados, la desobediencia todavía aflora por todas partes. Así como unos campesinos encuentran que cultivar se ha vuelto actividad de libertad, unos marinos hacen asambleas y mantienen una conferencia permanente de delegados, una brigada decide que no hay que luchar más pero no deponen las armas pues son las herramientas que les proveen la autonomía, así también nos llegan noticias de individuos que encuentran en el arte y la ciencia el vehículo de transformación del tiempo-espacio que habitan. Lecciones de piano y clases de literatura que prefiguran, en sus prácticas, formas nuevas de ordenación social. Organizaciones culturales educativas proletarias que se descubren en un tiempo y un espacio que se escurre de las manos del capital y el gobierno. Unos días antes de la toma del Palacio de Invierno por parte de los bolcheviques, nace Proletkult – una organización cultural experimental que busca construir una nueva “cultura proletaria” y que se basa en la acción independiente y la autonomía. El trabajo en cada taller que crea Proletkult se vuelve práctica de libertad. Tomemos el caso de la música. La transformación del instrumento en vehículo de autonomía se realiza a través de una escala de diecisiete notas, de la utilización de objetos industriales como instrumentos musicales, de los conciertos de silbidos en las fábricas, de los coros y orquestas sin director. En cada uno de estos experimentos se corporiza la decisión de la desobediencia: romper con las prácticas de dominación que suponían el seguimiento de los patrones anteriores y asumirse plenamente como voluntades humanas creadoras. Como proclamaba el escritor Pavel Bessalko: “no hay hermanos mayores (...) el trabajador-poeta debe crear, no estudiar”.<sup>11</sup> Y sin embargo, todo este fluido, todos estos fragmentos enfrentan

---

<sup>11</sup> Citado en Lynn Mally, *Culture of the Future: The Proletkult Movement in Revolutionary Russia*, Berkeley, University of California Press, 1990, p. 131.

también el constante peligro del reencausamiento y del traslado de los patrones que se combaten al campo mismo de la práctica autónoma. Proletkult depende de los fondos que el gobierno bolchevique envía, y resulta que debe acatar las órdenes que desde Moscú se lanzan en pos de la coordinación de la lucha cultural. Si las órdenes no se cumplen, adiós financiamiento y prácticas de libertad.

Y no son sólo los obreros, los soldados, los campesinos, o los artistas los que desobedecen. También lo hacen las minorías nacionales oprimidas por el Imperio ruso, que por todas partes se lanzan a procurarse el autogobierno o incluso la independencia. Y también las mujeres, que se sustraen del mando de los varones. Y los jóvenes, que se rebelan contra los mayores. Y las sexualidades, que se niegan a limitarse a las costumbres de lo aceptable. Y las mentes, que por todas partes luchan por romper el corset de años de obediencia al zar, al pope, al rico, al educado, al padre, al militar, y se lanzan a imaginar prácticas y vidas otras, emancipadas. Por todas partes en Rusia y fuera de Rusia un campo de desobediencias que golpean al poder y buscan cómo cooperar.

## **9. Del contagio y el rumor**

¿Cómo es esta constelación cuando se expresa, cuando se enuncia a sí misma? Quizá pueda buscarse una respuesta (y más claves para nuestro mapeo isomórfico) en la presencia ubicua y la expansión insistente del rumor, y en los permanentes “contagios” de elementos que sucedían con una intensidad y rapidez inesperadas entre ámbitos, regiones y sujetos que, en principio, no tenían vínculos obvios ni necesarios. John Reed, testigo de la revolución, observa:

Rusia entera aprendía a leer: leía asuntos de política, de economía, de historia, porque el pueblo tenía necesidad de saber. En cada ciudad, en cada aldea, en el

frente, cada fracción política tenía su periódico y, a veces, muchos. Millares de organizaciones distribuían centenares de miles de folletos, inundando los ejércitos, las aldeas, las fábricas, las calles (...) ¡Y qué papel jugaba la palabra! Los ‘torrentes de elocuencia’ de que habla Carlyle a propósito de Francia eran una bagatela al lado de las conferencias, de los debates, de los discursos que se pronunciaban en los teatros, en los circos, en las escuelas, en los clubs, en las salas de reunión de los Soviets, en los locales de los sindicatos, en los cuarteles. (...) En Petrogrado y en toda Rusia, la esquina de cada calle fue, durante meses, una tribuna pública. En los trenes, en los tranvías, en todas partes brotaba de improviso la discusión. En innumerables congresos y conferencias se mezclaban y confundían hombres de dos continentes: los congresos de los Sóviets, de las cooperativas, de los zemstvos, de las nacionalidades; los congresos de los sacerdotes, de los campesinos, de los partidos políticos; la Conferencia democrática de Petrogrado, la Conferencia nacional de Moscú, el Consejo de la República rusa. En Petrogrado tenían lugar siempre tres o cuatro congresos a la vez.<sup>12</sup>

Durante 1917 y después, mientras caen gobiernos e instituciones, los rumores se expanden y con ellos los murmullos: de repente toda Rusia se vuelve un gran zumbido murmurante. Las fábricas y las comunas están revolucionadas, las ciudades y las aldeas se sublevan, la gente se transforma y con ella sus relaciones; el espectro de la realidad posible se ha abierto. Me llegó la noticia de que en Ucrania los campesinos se están organizando y que van por las tierras; no sé quién me contó que en Moscú los obreros marchan y deliberan, dicen que quieren gestionar las fábricas. Me enteré de que en el frente los soldados matan a sus oficiales y arman mitines; se escucha que las fábricas silban y que la calle se volvió un teatro. Acá mismo, allá en otro barrio se ve, se siente, se cuenta y se hace. El aire esta enrarecido. En abril de 1917 una conferencia de comités de fábrica de las industrias de guerra de Petrogrado proclamó que “todas las instrucciones sobre la organización interna de la fábrica (por ejemplo, horarios de trabajo, salarios, contratos y despidos, vacaciones, etc.) deberán emanar de los comités de fábrica”<sup>13</sup>. Poco después, el 29 de mayo, encontramos lo mismo en la conferencia de comités en Járkov, donde se grita a voz en

---

<sup>12</sup> John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*, Madrid, Orbis/Hyspamerica, 1985, pp. 37-38.

<sup>13</sup> Citado en Maurice Brinton, *Los bolcheviques y el control obrero*, París, Ruedo Ibérico, 1972, p. 29.

cuello que los comités de fábrica “deben ocuparse de fijar los salarios, de la higiene, de la calidad técnica de los productos, de la elaboración de los reglamentos internos y de la solución de los conflictos”.<sup>14</sup> Las relaciones de poder en las fábricas se trastocan con una velocidad que desafía el tiempo y las distancias.

El frente de la guerra no queda ajeno: la realidad se transforma y con ella los sentidos, la línea de guerra de los estados (eje que demarca su propia territorialidad en pugna) se convierte en un centro efervescente que le gruñe a su propio amo y creador. Como los obreros, la multitud de soldados hambrientos y helados, azotados por las enfermedades y las bombas, lo huelen en el aire; el murmullo deviene proclama: “no hay que luchar más”, “no hay que seguir con la masacre”, “no hay que pelear más por lo que no es nuestro”. Aparece otro enemigo: es aquél que me ordena ir a matar, el que me sumerge en la trinchera, el que me transforma en engranaje de la máquina. Entonces se reconfigura la guerra y ya no existe frente y retaguardia, el enemigo deja de estar sólo del “otro lado” y comienza a estar en “mi lado” también; entonces ya no se sabe de qué lado está cada uno, o si existen de hecho los lados. Así lo relataba al Soviet de Petrogrado un soldado recién llegado del frente en marzo de 1917:

Hemos recibido este mensaje: ya no hay zar, de modo que es la Revolución. Nos hemos regocijado, claro es, nos hemos puesto a gritar: ¡Viva!... a cantar “Levántate pueblo obrero”. Los alemanes, estaban muy cerca, nos han oído y han gritado: “¡Eh! ¿Qué pasa entre vosotros?” Entonces hemos gritado: “Ha estallado la Revolución, ¡ya no hay zar!”. Esto les ha alegrado, naturalmente, se han puesto a cantar también, a gritar ¡Viva! Entonces les hemos dicho: “Y vosotros ¿a qué esperais? Tenéis que mandar a paseo al vuestro...”<sup>15</sup>

Y allí lo vemos, el flujo del rumor se ríe del espacio y del tiempo y, como si fuera algo que se respira o se impregna en el cuerpo, como si se transportara en el aire haciendo que el ambiente sea más denso, aparece en un destacamento del ejército ruso apostado en La Courtine, es decir, en otro territorio geográfico y político en el que, sin embargo,

---

<sup>14</sup> Citado en Brinton, *Los bolcheviques*, p. 32.

<sup>15</sup> Sukhanov, *La Revolución rusa*, pp. 40-41.

los soldados también entran en revolución. La revolución, que es rusa, también sucede en Francia.

El contagio llega también a los campesinos por todas partes, a ambos lados del frente de batalla. Pero la guerra de los estados es otra. Y se firma el pacto de Brest-Litovsk que permite la entrada en Ucrania de las tropas austro-alemanas. Un ejército en retirada, en un territorio ajeno y en plena movilización revolucionaria, hace de estos invasores un enemigo feroz. El saqueo, las violaciones, los incendios, los asesinatos son moneda corriente en la insubordinada Ucrania. Pero también comienzan a ser cotidianos unos huracanes que pasan arrasando a los alemanes sin tocar a los campesinos. ¡Cómo se mueven esos destacamentos pequeños de campesinos armados, con qué velocidad, con sus carretas (*tachanki*) donde llevan las armas que recolectan del vencido! Ese vuelo de huracán es posible porque en cada aldea hay quien sopla para darle impulso, para recambiar sus caballos y darles alimento. Pero también es posible porque el huracán crece, los pequeños grupos se transforman en colectivos cada vez más grandes de desposeídos informes, gritones, bárbaros, nómades. Los huracanes continúan más tarde, ya vencidos los alemanes, cuando las tropas del naciente estado soviético amenazan la autonomía de los insurgentes. Y no se podía hablar entonces de Ucrania ni de Rusia, porque la bandera empuñada era la de algo inenunciabile como entidad fija. No son anarquistas, aunque los haya; no son campesinos, aunque lo hayan sido; no son soldados, aunque estén en guerra. Guerreros que se mueven propagando su territorio incluso cuando están en sus aldeas, incluso cuando no cabalgan. Los movimientos de resistencia formados en Ucrania ven su efectividad en la misma prolongación de su actividad; como decían los contemporáneos sobre el movimiento liderado por Makhno: “la makhnovschina es un reino sobre ruedas, una república de *tachanki*”<sup>16</sup>. La región geográfica inmanente a esos insurreccionados campesinos estalla en alegría, una alegría cuantificable en cinco meses, pero de intensidades indecibles, mientras se auto-organizan las primeras comunas libres. Una república de carretas. Nada más claro: no hay territorio por fuera de las fuerzas

---

<sup>16</sup> Pedro Archinof, *Historia del movimiento makhnovista*, Barcelona, Tusquets, 1975, p. 146.

que lo habitan. Ya no se concibe el territorio como un accidente natural, todo es parte del despliegue del poder constituyente de los cuerpos cooperantes.

¿Qué significa la intensidad del rumor, su capacidad para circular desafiando geografías y tiempos transmitiendo y potenciando la imaginación insurgente? ¿Qué significa el hecho de que esa vertiginosa e inesperada expansión haya desestabilizado tan notablemente la organización del espacio geográfico? La revolución en Francia, fronteras de guerra que ya no separan claramente amigos y enemigos, repúblicas nómades de carretas... Nuestro mapeo isomófico nos lleva de un lugar a otro, de una fecha a otra, y parece que no podría haber continuidad posible. Y, sin embargo, se siente como si estuviéramos en un mismo territorio: el murmullo está siempre presente, en un lugar y en otro a la vez, aunque sea difícil comprobar que es el mismo. El territorio que habitaban aquellos hombres y mujeres que vivieron bajo el influjo del rumor es el que pudo emerger por el colapso del espacio organizado y regimentado por el poder. Mejor dicho, es el territorio cuya emergencia hizo colapsar el espacio del poder. La ubicuidad del rumor, la velocidad del contagio, son los síntomas de la emergencia de este territorio de la emancipación, que no es geográfico –aunque se encarne geográficamente– sino intersubjetivo. Para decirlo de otro modo, son los síntomas de un poder constituyente que se despliega en un espacio y un tiempo propios del devenir, es decir, que instaura, inventa, constituye un territorio que se sustrae al comando.

Hablar del rumor en esta instancia es hablar del contagio y la comunicación que resuenan con él. En este sentido es hablar de cómo se vehiculiza el contacto de prácticas disímiles y similares a la vez. Cuando nos referimos a los congresos, a la infinidad de encuentros que tienen los activistas, vemos un modo de comunicación diferente al hegemónico. No hay un centro que transmite la información, no hay un lugar de donde emanan las coordenadas sino una continua contaminación de prácticas entre sujetos que se van transformando en ese contacto. Desde un obrero que come por los “aportes” de la Ucrania makhnovista en Petrogrado, hasta un campesino que recibe armas de un destacamento insubordinado. El contacto entre ellos no

pasa sólo por lo que efectivamente aportan unos a otros (sea grano, armas, etc.) sino por los vínculos entre experiencias de separación, de rechazo y construcción. Podemos incluso entender esta lógica del rumor en los albores de la operación llevada a cabo por los bolcheviques en octubre. El Palacio de Invierno se toma casi sin combates, pero ese acto no termina ahí, el hecho se extiende en la guerra de rumores, proclamas, discursos, asambleas que suceden a la toma palaciega. Los bolcheviques actúan –y de manera firme– en esa marea de rumores: van de asamblea en asamblea tratando de ganar apoyo a su recientemente constituido gobierno. Cuando parece que Kerenski quiere retomar el control, la decisión no está en los sellos. Todo lo contrario, está en los cuerpos reales que deben decidir la configuración de la situación. Las asambleas debaten, sudan, deciden. Queda espacio para actitudes distintas: quienes no van a permitir el avance de Kerenski, quienes van a mantenerse neutrales, quienes van a apoyar a las tropas del destituido presidente provisional.

Algo distinto, pero que no deja de ser parecido, ocurre con la firma del tratado Brest-Litovsk. Mientras en el seno del partido bolchevique un grupo disidente discute contra la estrategia de entregar Ucrania a los imperialistas alemanes, proponiendo en cambio una guerra defensiva de tipo guerrillera, los bosiakis campesinos ya están organizando la resistencia, como si esa práctica se trasladase hacia la discusión al interior del partido. Como una nube que viaja más rápido que las palabras y las comunicaciones esa oposición está investida de realidad.

Podemos ver esa puja entre modos de comunicación también antes de octubre. Los comités de fábrica invitan a soldados a verificar por ellos mismos la situación de retaguardia para combatir la idea que la prensa burguesa arengaba constantemente: los comités son el caos en el país.<sup>17</sup> ¿De dónde salen esos contactos? ¿Cómo se efectivizan “órdenes” que contradicen las prerrogativas del poder? Quizás sea simple. Un delegado del comité se dirige hacia el soviét local y anuncia que la campaña de difamación articulada por la prensa debe ser combatida; acaloradas intervenciones le dan la razón. Si los

---

<sup>17</sup> Brinton, *Los bolcheviques*, p. 31; Sukhanov, *La Revolución rusa*, p. 139.

periódicos establecen una información mediatizada por las necesidades de un combate abierto en el cuerpo social, estos colectivos deciden efectivizar lazos directos. Informarse es un proceso de implicación y estar informado es en este punto tener una actitud militante con respecto a lo que está pasando. En este sentido, la tendencia de los comités es de enfrentamiento con quienes pretenden la centralización sobre la totalidad de los “trabajos”, ejemplificada luego de Octubre en la resistencia tenaz de los comités de fábrica a disolverse en el aparato de estado. La lucha por la autonomía fue dando pasos incipientes pero aún así visibles hacia la creación de formas de organización y cooperación más amplias, como muestra el manual sobre el control obrero que, se cuenta, fue ampliamente distribuido en los suburbios de Petrogrado. Al parecer, el manual recomendaba formar cuatro comisiones encargadas de: “1) la organización de la producción; 2) la desmovilización (reconversión de la economía de guerra); 3) el aprovisionamiento de materias primas; 4) el aprovisionamiento de combustible”. Estos comités así organizado se deberían federar regional y localmente para evitar la competencia por los recursos.<sup>18</sup>

El rumor y el contagio alcanzan también a otros tiempos y a otras realidades. Uno de los vectores es Proletkult, con sus obras de teatro callejero masivas que recrean las luchas de la clase obrera a través del “movimiento plástico-tonal” y los principios de la biomecánica.<sup>19</sup> Así

---

<sup>18</sup> Brinton, *Los bolcheviques*, p. 63.

<sup>19</sup> Los estudios teatrales de Moscú abrieron una división especial para el “movimiento plástico-tonal” hacia 1920. Basándose en las ideas previamente desarrolladas por el compositor y coreógrafo suizo Jaques-Dalcroze, la división buscaba preparar a los actores para el trabajo conjunto como masa, en abierta oposición a los métodos individualistas del teatro de Constantín Stanislavski. Para ello proponía una instrucción basada en un riguroso entrenamiento físico y en la conformación de grupos de lectura. Por su parte, los principios de la biomecánica habían sido desarrollados por el director de teatro Vsevolod Meyerhold y fueron introducidos por Sergei Eisenstein. Meyerhold pretendía, a partir de la implantación de tales principios, liberar al intérprete de la posición subordinada en la que la escuela psicotécnica de Stanislavski lo había ubicado. Para ello, el actor debía aprender a utilizar todos los órganos de su cuerpo, el cual se convertía ahora en el único

tenemos el caso de Sergei Eisenstein, quien en el Teatro Proletkult puso en escena *No es sabio quien no se equivoca*, de Nikolai Ostrovski. Allí, los “actores, haciendo caso omiso del texto literario, bailaban en la cuerda floja, daban saltos, se ponían boca abajo, sin que nada o muy poco quedase de la obra original”.<sup>20</sup> Eisenstein representó la obra casi en el mismo patio de butacas, ya que el escenario, según el propio director, “había perdido su carácter de tal, para dar la impresión de una máquina en movimiento en la que los actores ejecutaban números acrobáticos”.<sup>21</sup> En otra puesta, *El mexicano*, basada en un cuento de Jack London, el director planteó, como punto culminante, una escena en donde el capitalismo y el socialismo se enfrentaban en un combate de boxeo: la victoria del débil proletario sobre el servidor de los amos le abría el camino a la revolución mexicana.<sup>22</sup> Al introducir en las experiencias teatrales de Proletkult la técnica biomecánica ideada por Meyerhold, Eisenstein plasmaba en sus representaciones lo que creía que debía ser la nueva práctica teatral: el libre montaje de atracciones o entretenimientos autónomos tendientes a producir un efecto temático acumulativo.<sup>23</sup>

Pero hay algo más: esas experiencias teatrales buscaban la disolución de la frontera que separaba al obrero del actor. Así como Marx y Engels habían acusado a la división del trabajo por la concentración del talento artístico en pocos individuos y su consecuente supresión en las masas, los proletkultistas atacaban la idea del actor especializado: más que en actores especializados, pensaban en gente que, entre otras cosas, también actuaba. Esta idea trascendió las fronteras de Proletkult y se expandió rápidamente a las otras experiencias teatrales revolucionarias. Como cuentan algunos miembros de un grupo de teatro en Moscú:

---

instrumento de su arte. De este modo, el movimiento integrado y el control consciente del cuerpo, en oposición a los sentimientos subconscientes, se convirtieron en las bases de la actuación. V. Mally, *Culture of the Future*, p. 149; José Hesse, *Breve historia del teatro ruso*, Madrid, Alianza, 1971, p. 142.

<sup>20</sup> Hesse, *Breve historia*, p.87.

<sup>21</sup> Hesse, *Breve historia*, p. 87.

<sup>22</sup> Marc Slonim, *El teatro ruso: del Imperio a los Soviets*. Buenos Aires, Eudeba, 1965, p. 200.

<sup>23</sup> Slonim, *El teatro ruso*, p. 201.

Las primeras actuaciones las hicimos por nuestra cuenta, sin un líder. Montamos pequeñas obras de Chéjov y otros autores. El mismo hecho de que los trabajadores estuvieran actuando en el escenario, aún sin un líder, causó una impresión enorme. La gente estaba orgullosa y decía: ‘¡Qué vida!’<sup>24</sup>

De este modo, las experiencias liberadoras de Proletkult se potencian y refuerzan al mismo tiempo a las otras que en el mismo campo del teatro se llevaban adelante por obreros, campesinos, jóvenes, soldados, etc. En su libro *El movimiento del caballo*, el crítico literario Víctor Shklovski nos dice:

En ese mundo aterrador de heladas, arenques rancios, harapos, fiebre tifoidea, arrestos, colas para pan, y soldados armados, una noche de estreno sucedía a la otra y todos los días los teatros estaban colmados. Hacia la mitad del espectáculo las enormes salas sin calefacción estaban caldeadas por el aliento de los espectadores. A menudo las luces vacilaban y hasta se apagaban, la corriente era escasa y no había carbón (...) En las óperas, los miembros de la orquesta tocaban con sus abrigos puestos y con gorros de piel que cubrían sus orejas, y salía vapor de los instrumentos de bronce como si fueran locomotoras o chimeneas humeantes.<sup>25</sup>

En una de esas tantas representaciones se pudo escuchar a una ópera “burguesa” pero con un contenido totalmente diferente: *Tosca*, del compositor Giacomo Puccini se había convertido en la *Lucha por la comuna*, y el escenario donde transcurría la acción pasaba de la Roma de 1806 al París de 1871. Ahora bien, ¿qué era lo que llevaba masivamente a esos sujetos a este tipo de práctica teatral? Tal vez nos ayude a responder el director de grupos amateurs de teatro, Nicolai L’vov, quien sostenía que

Como la gente comienza a ver las posibilidades de la nueva vida, las amplias clases populares inmediatamente sienten el llamado a la escena. Aquí ellos encuentran un camino para sus deseos de una

---

<sup>24</sup> Citado en Lynn Mally, *Revolutionary Acts: Amateur Theater and the Soviet State, 1917-1938*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 2000, p. 18.

<sup>25</sup> Citado en Slonim, *El teatro ruso*, p. 206.

vida radiante. Aquí ellos tienen la posibilidad de expandir su vida espiritual con experiencias nuevas y desconocidas.<sup>26</sup>

En todo caso, el vigor del rumor en expansión potencia los intentos de unos sujetos que, en medio de la guerra civil, experimentan en el teatro en particular, y en el arte en general, nuevas formas de expresión que intentan sustraerse de los patrones dominantes anteriores para dotar a sus prácticas artísticas de un sentido liberador. Cómo contaba una obrera de un club de Proletkult de Kostroma:

¡Camaradas trabajadores! Recuerden que solíamos vivir como esclavos oprimidos. No entendíamos lo que era la música, la literatura y algunas otras buenas cosas (...) Ahora entendemos que somos gente como cualquiera y que tenemos aún más derecho a vivir que los otros porque todo lo hacemos con nuestras manos.<sup>27</sup>

Y la circulación del rumor y el contagio no termina con la guerra civil: todavía los vemos en la insurrección de Kronstadt en 1921, alimentada por noticias de descontento, huelgas y asambleas obreras en Petrogrado, de los cadetes rojos reprimiendo y la Cheka encarcelando:

El movimiento que comenzó en las Fábricas Peter era incuestionablemente llamado por la falta de fe en los subvertidos Soviets, por el cierre de fábricas y plantas debido a la falta de combustible y por las dificultades de producción, y por los arrestos de trabajadores conectados al movimiento. En ese momento, sin embargo, no se produjo lo mismo en Kronstadt que estaba mejor provista de combustible y produciendo, aún cuando había rumores que llegaban sobre lo que estaba pasando en Petrogrado. Estos rumores se arraigaron en el Petropavlovsk. Su tripulación levantó la demanda de que terminen los arrestos y que se liberaran a los presos, y otros puntos más.<sup>28</sup>

---

<sup>26</sup> Citado en Mally, *Revolutionary Acts*, p. 20.

<sup>27</sup> Citado en Mally, *Culture of the Future*, p. 137.

<sup>28</sup> Palanov (miembro del comité revolucionario provisional de Kronstadt), "La Verdad Sobre Kronstad: La Voz de un Comunista", Publicado en *Izvestia* de Kronstadt, 11/3/1921. Tomado de Scott Zenkatsu Parker, *The Truth About Kronstadt: The Story of the Heroic Struggle of the People of Kronstadt Against the Communist Party Dictatorship*, tesis inédita, Bates College, 1992. <http://www-personal.umich.edu/~mhuey/HOME.html>

En verdad los marineros mismos habían viajado al campo, visitado sus aldeas, y los pararon por el camino. Que si llevaban alimentos en forma ilegal, que ojo con comerciar. Su misma proclama habla de la poca confianza en los medios oficiales de comunicación: “Luego de haber oído el informe de los representantes enviados por la asamblea general de tripulaciones de buques a Petrogrado para investigar la situación allí reinante, resolvemos: 1) En vista de que los actuales soviets no expresan la voluntad de los obreros y campesinos, celebrar inmediatamente nuevas elecciones mediante voto secreto, con libertad para que todos los obreros y campesinos puedan realizar agitación en el período previo; 2) Dar libertad de expresión y prensa a los obreros y campesinos, a los anarquistas y a los partidos socialistas de izquierda”.<sup>29</sup> El rumor trae noticias de Petrogrado: se juntaron en la metalúrgica Trubochny y parece que llegaron a ser 2000 en asamblea. Y vinieron cadetes bolcheviques a dispersar la manifestación. Pero los obreros volvieron a salir a la calle, otra vez represión, toque de queda y que nadie se mueva. Ahora están echando a los trabajadores de Trubochny, de Laferme, de Skorojod, las guardias comunistas actúan de policías en las fábricas y la Cheka arresta como nunca. Y los diarios, que cada vez más comunican sólo lo que el estado dispone, son también combatidos con publicaciones propias:

No sabiendo cómo conservar el poder que se les escapa, los comunistas emplean las más viles provocaciones. Su inmunda prensa ha movilizado todas sus fuerza para excitar a las masas populares presentando el movimiento de Kronstadt como una conjuración de guardias blancos. En este momento, su cenáculo de malhechores estigmatizados afirma que “Kronstadt se ha vendido a Finlandia”. Sus diarios vomitan fuego y veneno. Fracasados en el empeño de convencer al proletariado de que Kronstadt está en manos de los contrarrevolucionarios, se esfuerzan ahora en tocar el sentimiento nacional. (...) A todo ello, sólo respondemos, y nos basta: ¡Todo el poder para los soviets! ¡Quitad de ahí vuestras manos, manos tintas en la sangre de los mártires de la libertad que lucharon contra los guardias blancos, los propietarios y la burguesía!<sup>30</sup>

---

<sup>29</sup> Paul Avrich, *Kronstadt 1921*, Buenos Aires, Colección Utopía Libertaria, pp. 73-74.

<sup>30</sup> Número 6 del *Izvestia de Kronstadt*, citado en Volin, *La revolución desconocida*, Buenos Aires, Proyección, 1977, p. 297.

Y también se llama a un contacto directo que evite toda mediación de la información:

En Kronstadt todo el poder está exclusivamente en manos de los marineros, de los soldados y de los obreros revolucionarios; y no en la de los contrarrevolucionarios dirigidos por un Kozlovsky, como trata de hacernos creer el radio embustero de Moscú. ¡No tardéis camaradas! Uníos a nosotros, entrad en contacto directo con nosotros: exigid la admisión de vuestros delegados en Kronstadt<sup>31</sup>.

Los rumores y el contacto directo sortean el cerco informativo de los medios y el poder y se abren camino en una apuesta por encontrar-construir formas de circulación de las informaciones que no sean totalizantes, que no se pretendan *el* sentido de lo que ocurre.

Es este tipo de experiencias en la movilización revolucionaria lo que nos lleva a pensar que ese contagio, ese rumor es una forma de comunicación sustraída a la experiencia cotidiana de la dominación. El territorio de la emancipación cuyas huellas hemos encontrado en episodios de la revolución rusa se ubica en un tiempo que no se acomoda a la linealidad de las narrativas del poder. No está en un pasado fechable, ni en un lugar preciso, sino en el “pasado indefinido” de todos los tiempos. Si los vientos son propicios, podremos todavía hoy respirar el aire en común que compartían los protagonistas de los episodios que describimos, quienes veían en cualquier indicio –como nosotros– un signo profético de su poder.

También en 2001 y 2002 vivimos la intensidad del rumor y el contagio en forma de ruido de cacerolas, de piquetes, de asambleas en esquinas y plazas, de marchas masivas hacia la Casa Rosada. También nosotros combatimos palmo a palmo con una TV que optó por dejar de transmitir en vivo nuestras manifestaciones para evitar que se expanda el ejemplo, prefiriendo mostrarlas luego editadas de modo tal que se vean sólo los “disturbios” y no la alegría que reinaba en esos encuentros no digitados por nadie. Y seguimos hoy cuestionando a los

---

<sup>31</sup> Alexander Berkman, *La rebelión en Kronstadt* (folleto), s./l., Comité pro libertad de los anarquistas presos en Rusia, s./f., p. 15. [Archivo de la Federación Libertaria Argentina]

medios y a los académicos que pretenden imponerle un sentido único a la multiplicidad de nuestra rebelión.

## 10. Sujeto, clase y clasificación

Desobediencias por todas partes, el aire electrizado por el rumor, experiencias de resistencia y auto-organización que se copian y contagian desafiando barreras temporales, geográficas y sociales: tal el tiempo y el territorio de la insurgencia que comenzamos a visualizar. Pero ¿quiénes son los sujetos que lo habitan?

“Son campesinos y obreros atrasados” –nos dice la historiografía liberal– “con reclamos legítimos, pero sin la cultura necesaria como para canalizarlos a través de las instituciones normales de la democracia y el estado”. Por ello son fácilmente manipulados por un puñado de bolcheviques que aprovechan el vacío de autoridad dejado por un estado débil y colapsado por la guerra, conducido por un monarca con poca visión política. “Es la alianza obrero-campesina” –nos dicen las narrativas de la izquierda elitista– “conducida por la clase obrera más consciente, es decir, aquélla que se encuadraba tras el partido bolchevique”. Por ello sus acciones más trascendentes son aquéllas que apuntan a la toma del poder en Octubre y a la formación del estado soviético.

En ambos casos, las totalizaciones de la situación revolucionaria así planteadas condenan a la sombra a la multiplicidad de sujetos en revolución, a su propia iniciativa histórica, y a su transformación subjetiva por obra de la propia praxis emancipatoria. En ambas narrativas se fuerza a los sujetos a medirse con el metro de *un* sujeto universal, homogéneo y abstracto: el individuo racional (ausente) en el caso de la tradición liberal, la “clase obrera con conciencia” en el caso de las variantes de izquierda. A la sombra de estos dos sujetos privilegiados de la historia, todo lo demás queda

subalternizado: las masas en revolución son “atrasadas” y “manipuladas” (para la tradición liberal), o “conducidas” y “concientizadas” (para la ortodoxia marxista). En ningún caso actúan según racionalidades e iniciativas autónomas: la iniciativa histórica está reservada siempre a una élite y/o a un ideal abstracto, y ha de plasmarse en el plano de las instituciones estatales. Así, por ejemplo, todo lo que no se corresponda con el ideal queda relegado a un rol secundario: la revolución es obrera (aunque se hayan revolucionado también artistas, campesinos, intelectuales, estudiantes, minorías nacionales, mujeres, jóvenes, etc.) y, si es obrera, entonces inevitablemente es bolchevique (y eso significa que incluso los obreros industriales que no comulgaban con el partido triunfante son considerados “atrasados” y privados de un rol histórico propio). Por lo demás, el sujeto social está siempre pre-definido. La “clase obrera” existe como tal antes, durante, y después de la revolución; transforma el mundo pero, curiosamente, permanece igual a sí misma.

Estos esquemas elitistas y abstractos no nos satisfacen. Buscamos reconocer y hacer sitio a los sujetos tal como ellos se presentan con sus ideas, sus lenguajes, sus culturas políticas, sus ambivalencias. Intentamos no someterlos a una prueba de pureza según el gran libro de algún filósofo, o según las costumbres políticas de la clase obrera de la Europa Occidental decimonónica. Queremos evitar el peligro de situarnos en la narrativa del Progreso y de mirar con ojos de elite.

Además de iluminar la multiplicidad de sujetos en revolución, para escapar de los derroteros de la historiografía elitista plantearemos dos hipótesis: 1) los sujetos que habitan un momento/espacio insurreccional no son los mismos que habitaban el momento/espacio inmediatamente anterior (ni tampoco el posterior); 2) por efecto de la propia lucha de clases, durante una revolución no hay clases sociales.

Nuestras hipótesis están orientadas por la redefinición que realizó el marxismo crítico de los conceptos de “clase” y “lucha de clases”. Las clases no existen como entidades sociales preconstituídas que entran en lucha, sino que es la propia lucha de clases la que las constituye. La dominación social supone un constante proceso de

clasificación, es decir, de separación y ordenamiento de diferencias para constituir jerarquías de poder:

La lucha de clases es la lucha por clasificar y contra ser clasificados al mismo tiempo que, inseparablemente, la lucha entre clases constituidas. (...) La lucha de clases no tiene lugar dentro de las formas constituidas en las relaciones sociales capitalistas; por el contrario, la constitución de aquellas formas es en sí misma lucha de clases. Esto nos lleva a un concepto mucho más rico de la lucha de clases en el que está en juego la totalidad de las prácticas sociales. Toda práctica social es un incesante antagonismo entre la sujeción de la práctica a las formas fetichizadas, pervertidas, definidoras del capitalismo, y el intento de vivir *contra-y-más-allá* de estas formas. (...) Nosotros no luchamos *como* clase trabajadora, luchamos *en contra* de ser clase trabajadora, en contra de ser clasificados.<sup>32</sup>

Pero ¿qué otorgaría una unidad tal a los que resisten la clasificación que pudiéramos hablar así, de un “nosotros”? John Holloway, autor de la cita anterior, sostiene que “es la unidad del proceso de clasificación (la unidad de la acumulación del capital) lo que otorga unidad a nuestras luchas, no nuestra unidad como miembros de una clase común”.<sup>33</sup> Como historiadores, sin embargo, no podemos darnos por satisfechos con esta solución en el plano abstracto: necesitamos hacer visibles las huellas concretas, fácticas, de esa unidad entre obreros, campesinos, estudiantes, soldados, artistas, mujeres, minorías, etc., que existe *más allá* de la clasificación.

¿Y qué mejor que un momento insurreccional para visualizar el territorio en común del sujeto más allá de la clase que le fue asignada? Porque un momento insurreccional es, precisamente, un proceso de *desclasificación* radical, una situación en la que se desdibujan los sujetos tal como habían sido formateados por un régimen social que entra en crisis. Esto significa que –tomando al sujeto como efecto de una determinada estructura social– la estructura se resquebraja por obra de devenires no sujetantes. De allí nuestra hipótesis según la cual en las revoluciones “no hay clases sociales”. Estos lugares objetivados, derivados de la posición estructural, son

---

<sup>32</sup> John Holloway (ed.), *Clase { Lucha: Antagonismo social y marxismo crítico*, Buenos Aires, Herramienta, 2004, p. 79.

<sup>33</sup> Ibid.

puestos en cuestión con la estructura misma. Quizás fuera esto lo que percibió John Reed, y lo que intentó transmitirnos a través de una curiosa metáfora:

La inmensa Rusia se encontraba en estado de disolución. El proceso había comenzado desde 1905. La revolución de febrero no había hecho más que precipitarla: había trazado, en efecto, una especie de bosquejo del nuevo orden, pero no había hecho más que apuntalar la hueca estructura del antiguo régimen. Esta estructura la habían descoyuntado los bolcheviques en una noche, como se disipa el humo con un soplo. La vieja Rusia ya no existía, la sociedad humana había vuelto al primitivo estado de fusión, y sobre el agitado mar de llamas donde se libraba, bronca e impacable, la lucha de clases, se formaba en un enfriamiento lento la frágil corteza de los planetas...<sup>34</sup>

Podemos ciertamente analizar el antagonismo que se da en toda revolución desde un punto de vista clasista –esto es indispensable– pero a condición de no tomar como dado el resultado (la clase) del proceso histórico (la clasificación) que, precisamente, la revolución pone en cuestión. Podríamos también tomar un atajo: simplificar el escenario insurreccional y decir que todos los que combaten por la abolición de las clases son “el proletariado”, y los demás son “la burguesía”. Pero sabemos que todas las revoluciones han operado un corte transversal en la sociedad, desestabilizando así la totalidad de las definiciones de clase existentes hasta entonces. Y sabemos también que las tendencias hacia la clasificación en una sociedad de clase están extendidas mucho más allá del núcleo de la “clase dominante”. El barro de la vida histórica es mucho más ambivalente que lo que simples esquemas binarios sugieren: nosotros, los que hemos sido clasificados, también clasificamos.

Pero vayamos a la Rusia revolucionaria. ¿Qué mapeo isomórfico podría ayudarnos a visualizar la unidad en la multiplicidad de los sujetos en revolución? ¿Qué huellas podemos encontrar del desborde del ordenamiento y separación en clases que producía el capitalismo ruso de entonces? Hemos hablado ya de la desobediencia y de la expansión de formas de comunicación no mediadas,

---

<sup>34</sup> Reed, *Diez días*, p. 143.

omnipresentes en los diferentes sujetos de la revolución. Pero podemos ir más lejos: una comuna de veinte campesinos expropiando la tierra donde antes trabajaban para un aristócrata ¿no es acaso lo mismo que un comité de fábrica expropiando la fábrica de su antiguo patrón? Una guerrilla campesina que se enfrenta sucesivamente contra las tropas de los ejércitos de ocupación alemán, Blanco, y Rojo, ¿no es lo mismo que una guardia obrera que resiste la intromisión de los gerentes, técnicos y burócratas del estado? Un soviet de soldados, o uno de obreros ¿no son lo mismo que los soviets de empleados de oficina, de campesinos, o de artistas? Una orquesta sin director ¿no es lo mismo que una fábrica autogestionada, o que una vida familiar nueva que se sustrae del control de los varones y los padres?

Si y no. Son lo mismo en tanto oponen no sólo una resistencia tenaz a la expropiación de su poder, sino también una opción distinta al comando tradicional (estatal/patriarcal/capitalista). Indudablemente, se perciben similitudes en todas estas resistencias, en los préstamos recíprocos de formas organizativas y consignas políticas, y en la difusión de un lenguaje revolucionario en común entre las diversas *clases* de personas que se sublevan. Y sin embargo no son lo mismo, en tanto estas experiencias no se totalizan en una unidad que las subsume; operan de manera diferente a la centralización estatal o del partido de vanguardia. Con sus limitaciones, la rápida organización de una coordinación soviética con soviets primero locales y homogéneos, luego regionales y con más variedad de grupos sociales participando conjuntamente (“soviets de obreros, soldados y campesinos”) y finalmente de alcance nacional (“congresos panrusos de los soviets”), constituye una manifestación concreta de la tendencia hacia la superación no homogeneizante de las distinciones “de clase” que separaban al cuerpo revolucionario. En este sentido, la multiplicidad del modelo soviético contrasta con la homogeneidad autoritaria propuesta por el partido/estado *obrero*.

Es cierto que le faltó fuerza a esas conexiones, que faltó una articulación real que permitiera gestionar una vida social nueva, libre de modelos estatales y jerarquizantes. Las particularidades locales y de grupo no permitieron muchas veces efectuar esas articulaciones. Sin embargo, estas dificultades no pueden explicarse solamente por

las diferencias “de clase”, como pretende la narrativa del marxismo ortodoxo. Porque las clases, como hemos sostenido más arriba, estaban en un proceso de dismantelamiento: había, en miles de experiencias puntuales, síntomas de una sociedad comunista en los soviets, comités, guerrillas, milicias, expropiaciones, etc. Estas experiencias, sin embargo, se enfrentaban con tendencias hacia una re-clasificación de nuevo tipo, con un proceso de “acumulación originaria socialista” que comentaremos más adelante. Indudablemente, los tiempos del ultimatum estatal interrumpieron por todas partes la frágil emergencia del tiempo nuevo del hacer emancipado.

Pero volvamos a los procesos revolucionarios de desclasificación. La revolución rusa, mirada a contrapelo del tiempo lineal, está repleta de testimonios del colapso de la división en clases y del desborde de las barreras que las separaban hasta entonces. El propio contagio del rumor y las formas assemblearias y soviéticas, los ejemplos extendidos de solidaridad con los demás grupos en lucha, la cooperación “policlasista” para derrotar al enemigo blanco durante la guerra civil, las analogías persistentes entre la dominación estatal y la patriarcal entre las mujeres emancipadas, la cooperación entre obreros, intelectuales y artistas en Proletkult, la articulación compleja entre demandas de emancipación social y de autodeterminación nacional, son algunos de los ejemplos posibles. Si hasta el propio discurso oficial de los bolcheviques, como el de los propios obreros, oscilaba entre apelaciones exclusivas a la “clase obrera” y otras más difusas al “pueblo” en general, para poder dar cuenta de esta multiplicidad en lucha.<sup>35</sup>

En los relatos de la experiencia de la makhnovshchina, por tomar un ejemplo, abundan las referencias al fenómeno de la desclasificación. Cuando el ejército insurreccional de ex-campesinos, ahora libertos combatientes, se veía arrinconado y sin escape, se disolvían, se vestían de campesinos y volvían a trabajar la tierra

---

<sup>35</sup> Ver Orlando Figes y Boris Kolonitskii, *Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*, Valencia, Universitat de Valencia, 2001, pp. 139-166.

esperando empuñar nuevamente las riendas del caballo con una mano y un arma con la otra. Como cuentan los testimonios, el día y la noche dejaban de existir como tales, para formar dos series paralelas de construcción-destrucción por un lado, y trabajo liberado por el otro. Si de día hay campesinos que trabajan la tierra, de noche hay “duendes del bosque”, guerrilleros que atacan a las tropas del ejército invasor:

En ocasiones, las grandes masas campesinas se unían a los guerrilleros para realizar en común alguna labor revolucionaria precisa, combatiendo a su lado por dos o tres días, y volviendo luego a sus labores habituales. Un episodio típico de este género fue la toma de Guliai-Polé por los guerrilleros, casi la víspera de la caída del “hetman” y de la disgregación de las tropas austro-alemanas. Makhno ocupó Guliai-Polé con un pequeño destacamento. Entonces los austríacos, acampados en Pologui, enviaron tropas a ese lugar. No habiendo recibido durante el día ningún refuerzo, Makhno debió retirarse. Pero, por la noche algunos centenares de campesinos que habitaban Guliai-Polé fueron en su ayuda. Volvió a tomar la ciudad y pudo hacer frente a las tropas austríacas. Al despuntar el día los campesinos volvieron a sus casas, temiendo ser denunciados por algún vecino que hubiese podido verlos entre los guerrilleros. Y durante todo el día siguiente Makhno tuvo que abandonar el pueblo, dada la superioridad numérica del enemigo. Por la noche volvió a la ofensiva, advertido por los campesinos que irían en su ayuda al oscurecer. Volvió a ocupar la población y expulsó a los austríacos. Y el hecho se repitió durante tres o cuatro días, hasta que Guliai-Polé pasó definitivamente a manos de los campesinos insurrectos.<sup>36</sup>

Unos y otros pueden estar encarnados en las mismas personas, pero no son el mismo sujeto. De hecho, cuando termine la revolución, venza el nuevo estado y se regrese a una clasificación firme, el “otro yo” de esos campesinos habrá desaparecido, y la noche volverá a ser simplemente el descanso necesario para el nuevo día laboral. Visto desde la perspectiva del tiempo lineal, lo que quedó es el estado rojo y sus campesinos, y no los movimientos insurgentes; quedó el trabajo y

---

<sup>36</sup> Esto sucedió en los primeros meses de 1918. V. Archinov, *Historia del movimiento*, pp. 66-67.

no la actividad; quedó la civilización y no la barbarie; quedó Sarmiento y no la fuerza vital del hombre-caballo<sup>37</sup>.

Y es aquí, nuevamente, que el tiempo-ahora de nuestros ancestros de 1917 es rescatado o interpelado desde nuestra praxis. Salvando las distancias, nosotros también vivimos a partir de 2001 incipientes procesos de desclasificación, ejemplificados en la colaboración de ex-“clase media” y ex-trabajadores en los movimientos piqueteros y asamblearios; en las consignas que prometían “piquete y cacerola, la lucha es una sola”; en la difusión de experiencias de organización horizontal entre campesinos, obreros, desocupados, estudiantes, ahorristas, profesionales, etc.; en la solidaridad entre Asambleas y fábricas ocupadas; en el contagio de métodos de acción directa explorados primeros por los piqueteros de la Patagonia, y más tarde por estudiantes secundarios y médicos de hospital público en la ciudad de Buenos Aires; etc. Y como en la Rusia revolucionaria, también entre nosotros fue regresando cada uno a *su* clase a medida que el estado recompuso su poder.

## 11. De la acumulación originaria.

Ahora se nos presenta una encrucijada. Establecimos unas constelaciones, plenas de sentido y de una ontología revolucionaria. Estas constelaciones las vimos operar en forma de rumor desenfrenado, de contagio subversivo. Seguimos los caminos que se dejan trazar por experiencias geográfica, temporal y políticamente distintas. Algo nos impulsaba a seguir esas conexiones, sea la articulación efectiva de experiencias en forma de prácticas de cooperación y de ayuda mutua, sea el hilo rojo que parece unir las por más que no hayan coagulado formalmente.

---

<sup>37</sup> Tomamos la imagen de Dardo Scavino, *Barcos sobre la pampa: Las formas de la guerra en Sarmiento*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993.

Reaparece en este punto uno de los problemas que nos planteábamos mas arriba: ¿No es acaso la linealidad de la historia de la multitud la derrota misma que el poder le inflige? La valorización del capital produce una experiencia lineal y totalizante del tiempo. También en el plano temporal podemos llamar a este proceso “acumulación originaria”: la forma en que el capital opera constantemente es la de la expropiación, desposesión de los valores y tiempos que la cooperación social produce.

La idea de una “acumulación originaria socialista” –para retomar libremente una expresión de Preobrazhenski– nos sirve para pensar el cierre del momento revolucionario abierto en febrero de 1917. Y es que sobre la cooperación desobediente, sobre la comunicación directa no mediada, sobre la autogestión de los medios de producción, sobre la organización asamblearia y soviética, se lanzó un nuevo proceso de acumulación. Y como en la Europa de los inicios de la modernidad, también en este caso la tarea de la acumulación fue llevada a cabo por un estado naciente. La famosa consigna “doble poder” enuncia este problema: los dos poderes son los que pugnan por el control de la totalidad de las producciones (de las condiciones de vida, de la vida misma) y no podemos dejar de ver la transformación que los bolcheviques introducen en los movimientos, su modo de centralizarlos, de comandarlos, de coaccionarlos o de destruirlos a los fines de establecer un territorio estable, una producción expropiable, una política heterónoma, una identidad clasificada. La revolución presenta una alternativa de hierro: o la brecha se agranda y las experiencias emancipatorias continúan las sendas de experimentación que estaban transitando y construyendo; o las sendas se vuelven camino, luego ruta, y luego autopista que se reinserta en el gran viaje lineal del “progreso”.

Y no se trata de presentar a los bolcheviques como una fuerza *externa* que coloniza y detiene la revolución. De lo que se trata es de comprender por qué se puede producir este revés a la política revolucionaria *desde dentro* de los movimientos mismos. Ciertamente, los bolcheviques establecen una serie de prácticas que tendencialmente apuntan a la acumulación originaria socialista; pero estas tendencias también existen dentro de los propios movimientos sociales, quizás de

manera menos marcada, pero aun así visibles para quienes quieran verlas.

Este antagonismo aparece claramente en el devenir del movimiento de los comités de fábricas. Antes y después de Octubre, coexisten dentro del movimiento tendencias hacia la centralización con otras contrarias, que buscan mantener la autonomía de los comités de base. Estas tendencias opuestas se hacen evidentes en la Segunda Conferencia de Comités de Fábrica de Petrogrado y alrededores, en agosto de 1917. Muchos de los delegados elegidos son también bolcheviques y proponen la creación de un “Soviet Central de Comités de Fábrica”. Otros delegados desconfían.<sup>38</sup> Así, en esta conferencia, se presenta uno de los grandes dilemas de los movimientos políticos anticapitalistas: el de la coordinación, unidad, o –como preferimos llamarle nosotros– el de la articulación. El dilema de entonces y el de hoy se resume en la pregunta acerca de cómo articular sin que eso derive en la fagocitación de los movimientos bajo una unidad forzada, homogeneizante y autoritaria.

Luego de Octubre continúa habiendo ejemplos de comités de fábrica que defienden su autonomía contra el estado naciente. En este sentido los comités comienzan a trazar un camino que realmente desafía al capitalismo, pero que también corroe la posibilidad de integrarse en un movimiento unificado bajo el mando bolchevique.

El debate entre alternativas posibles de coordinación del movimiento de comités se ve abruptamente interrumpido después de la toma del poder<sup>39</sup>. Como anuncia el gobierno a los obreros de la petrolera Nobel que pretenden continuar produciendo a pesar de la directiva estatal de detener toda actividad: “Vosotros mismos nos habéis llevado al poder (...) Es la clase obrera la que ha querido que nos ocupemos de sus intereses y, así, nos corresponde conocerlos, comprenderlos, y velar por ellos”. Y la misiva bolchevique concluye con una amenaza: “Los obreros deben amoldarse [a las medidas gubernamentales] como todos, en vez de buscar situaciones

---

<sup>38</sup> V. Brinton, *Los bolcheviques*, p. 38.

<sup>39</sup> V. Brinton, *Los bolcheviques*, pp. 49-50.

privilegiadas para un grupo de trabajadores (...) Si los obreros resisten, peor para ellos, pues serán despedidos por la fuerza y sin indemnización.”<sup>40</sup> La cita muestra el proceso de “acumulación primitiva socialista” en pleno momento de ejecución: a partir del control de un recurso político –la legitimidad representativa que le había otorgado al gobierno la toma del poder– los bolcheviques aspiran al control del “conocimiento” de lo que es mejor para la clase obrera (abstracta), y por ello al control de los medios de producción en manos de los obreros (concretos). En la jerga estatal, el sentido del privilegio se invierte: son los obreros que quieren controlar sus propios procesos de trabajo los que pretenden “privilegios”, y no quienes amenazan desde arriba con represalias y castigos. Ya no es la era del control obrero, sino del control sobre los obreros por parte del partido de los obreros. Pronto el gobierno decretaría la vuelta de la dirección unipersonal de la producción por medio de funcionarios nombrados por el estado, y Trotsky y Lenin comenzarían a alentar la militarización de la producción industrial y la introducción de pautas de trabajo tayloristas.<sup>41</sup> Algunos comunistas de izquierda en oposición a la política bolchevique presintieron semejante desbarajuste entre discurso emancipatorio y práctica estatal, y apostaron a denunciar esta contradicción: “la coexistencia resultó pronto imposible. El estado de dualidad de poderes entre directores y obreros conducía en breve plazo al colapso de la empresa, o se convertía rápidamente en poder total de los obreros, sin pedir autorización alguna al poder central”.<sup>42</sup> Al parecer los objetivos son los mismos: reorganizar la producción, garantizar la distribución de los productos, abolir la explotación. Pero los medios ya son fines: en la propuesta estatal, el único de los

---

<sup>40</sup> Citado en Volin, *La revolución desconocida*, pp. 165-69.

<sup>41</sup> Curiosamente, antes de Octubre habían sido los mencheviques los que habían impulsado la militarización de los ferrocarriles para contrarrestar el poder que los comités obreros tenían sobre ese vital medio de transporte. Esta comparación entre las propuestas de Trotsky y las de los mencheviques apunta a visualizar que la acumulación originaria por sobre los muchos se lleva a cabo con recursos similares en ambos casos; no podemos juzgarlos por las intenciones que declararon sino por los efectos que sus prácticas tuvieron.

<sup>42</sup> N. Osinski, “O stroitelstve sotsialisma”, Moscú, 1918, p. 35 ss. Citado en Brinton, *Los bolcheviques*, p. 93.

objetivos cumplidos es el de comenzar a garantizar el abastecimiento y la reorganización de la economía, pero sobre una base que podríamos llamar capitalista, ya que genera la separación de los medios de producción respecto del productor, el consumo alienado por parte del trabajador de los productos que él mismo produce, la reducción del “trabajo” a trabajo asalariado, y la separación entre el trabajo intelectual y manual. Los métodos gerenciales, militarizantes y tayloristas imponen un estado de violencia sobre movimientos emancipatorios que marchaban en otra dirección. En palabras Zinoviev, líder bolchevique: “El capitalismo de Estado es el capitalismo que nosotros sabremos organizar, el capitalismo que está estrechamente ligado al Estado. Y el Estado son los trabajadores, es la fracción más progresista de los trabajadores, es la vanguardia, somos nosotros.”<sup>43</sup>

Podemos pasar a un terreno que no sea exclusivamente económico, para evitar malos entendidos; la acumulación originaria se da en todos los planos en los que se había expandido la desobediencia y la desclasificación, y no se reduce a la expropiación de los productos que los muchos producen (a no ser que pensemos estas producciones en sentido amplio, como producción de lo social). Por todas partes el estado naciente expropia el poder y la autonomía ganadas por los movimientos sociales. Ya hemos visto que, incluso antes de Octubre, los soldados de La Courtine pagaron con su vida la osadía de sustraerse al mando militar; después de Octubre, la rebelión de Kronstadt correría la misma suerte<sup>44</sup>. Aquellos marineros que se rebelaban para restaurar el poder de los soviets en su “tercera revolución” contra los comisarios (sólo que esta vez la consigna

---

<sup>43</sup> Grigorii Zinoviev, *Los partidos y tendencias antisoviéticas* (1922), citado en Arthur Lehning, *Marxismo y anarquismo en la Revolución rusa*, Buenos Aires, Utopía Libertaria, 2004, p. 137.

<sup>44</sup> Tendencia anunciada por la instauración de la pena de muerte en el ejército Rojo frente al abandono de la trinchera, y la anulación de la elección de los oficiales por los comités de soldados. Nuevamente sorprende la analogía: Lenin denuncia esta estrategia como contrarrevolucionaria cuando es aplicada por Kerenski. V. Lenin, “Las enseñanzas de la Revolución”, en *Obras Escogidas*, vol. IV, Buenos Aires, Cartago, 1973.

“Todo el poder a los soviets” se había transformado en “Todo el poder a los soviets pero no a los partidos”), murieron bajo las balas del ejército del estado bolchevique. Y también son sometidos bajo fuego militar “comunista” los campesinos insurrectos de Ucrania: de antiguos compañeros de combate contra los generales blancos, los soldados del ejército rojo se transformaron en liquidadores de la extraordinaria experiencia comunal de los campesinos makhnovistas. Estos casos muestran en sus contornos límite el núcleo duro, la realidad de la acumulación originaria. En Kronstadt, en Ucrania, en La Courtine o en Petrogrado, la situación se resuelve mediante la masacre de aquéllos que no pueden ser reducidos al aparato de estado, al aparato productivo, a la gran máquina de clasificación que divide a la multitud insurrecta en sujetos diferenciados y con posiciones asignadas. En otros casos, la violencia acumuladora es menos cruenta, pero igualmente implacable: es el caso del Proletkult, subordinado al estado por decreto y vaciado de todo contenido revolucionario. Como relata un protagonista:

En el verano de 1918, después de una permanencia en el frente de la revolución contra la invasión alemana en Ucrania, volví a la pequeña ciudad de Bobrov, departamento de Vorónezh, donde residía mi familia. Los miembros del comité bolchevique local (...) me propusieron organizar el trabajo educativo y cultural en la región, que entonces se denominaba cultura proletaria (*proletkult*) Recuerdo la primera reunión del nuevo organismo creado. Yo había enviado gran número de invitaciones a organizaciones obreras de la ciudad, a pueblos vecinos, a intelectuales, etc. A la noche me hallé con unas treinta personas reservadas, desconfiadas, casi hostiles. Comprendí enseguida que esperaban una reunión típica, con un comisario bolchevique de gestos de dictador, con un revolver al cinto, dando órdenes que debían cumplirse al pie de la letra. Les hice presente que toda intención de mandar, dictar o imponer en cualquier sentido era ajena en absoluto a mi actuación. La siguiente reunión contó con cien personas y el ambiente fue mas confiado y amistoso. No obstante se necesitaron tres o cuatro reuniones para que la frialdad desapareciera definitivamente. Nuestras reuniones, siempre públicas, comenzaron a congregarse a campesinos y campesinas de aldeas bastante alejadas. Pronto una excelente compañía de teatro popular dispuso a dar espectáculos ambulantes, elegidos con gusto y método. Se encontraron locales que se arreglaron para nuestras tareas (...) las provisiones escolares, como cuadernos, tinta, lápices, etc., fueron conseguidas inmediatamente, no obstante que antes, por su ausencia, retardaban la enseñanza gráfica. (...) después siguió la instalación de la biblioteca con donaciones de libros, y enseguida, los cursos nocturnos para adultos. Un buen día empecé a recibir, por conducto del soviets local, grandes paquetes con decretos,

prescripciones, reglamentos, órdenes formales y también programas, proyectos, planes y sugerencias, todos fantásticos y a cuál más absurdo. Se me comunicaba atenerme estrictamente a los textos de toda esta papelería estúpida, a esas órdenes imposibles, irrealizables. (...) continué mi actividad sin preocuparme por ella en lo más mínimo.”

Y nuevamente los plazos estatales:

Esto terminó con un ultimátum: o someterme o renunciar (...) mi sucesor, fiel servidor de Moscú, aplicó al pie de la letra las instrucciones de la central. Al poco tiempo, todos comenzaron a desertar, y el organismo lleno de vida, comenzó rápidamente a decaer hasta que desapareció. Algunos meses más tarde esta empresa de cultura proletaria caducó lamentablemente en todo el país.<sup>45</sup>

En cada uno de los casos descritos, nos reencontramos con la unicidad del proceso revolucionario (esta vez en el momento en que los vemos llegar a su fin), como si todos estos combates para acabar con la autonomía y la libertad de los sujetos en revolución se hubiesen dado una sola vez, como parte de un mismo designio. Y no deja de llamarnos la atención la expresión acuñada por Preobrazhenski: “acumulación originaria socialista”. ¿No transmite ella misma acaso demasiadas concesiones al sistema que se pretende destruir?

El capitalismo es un proceso permanente de acumulación originaria, de expropiación de todos los sentidos de la vida, de todas las producciones, de la cooperación. ¿Por qué fundar un orden revolucionario en ese mismo mecanismo de poder? Ya desde febrero la guerra civil tiene este carácter ambivalente: por un lado se combate por la expropiación de los antiguos expropiadores, pero por el otro se pretende expropiar ese poder expropiador desde un centro que aspira a regir toda la multiplicidad revolucionaria. La geografía de la guerra social en Rusia es la geografía de una multiplicidad de poderes en pugna, una verdadera geografía política. Esta multiplicidad será poco a poco acumulada por el mando socialista, por la dictadura del proletariado, por el comando dictatorial del tiempo de trabajo socialmente necesario. Hemos rastreado en esas geografías intensos procesos de desclasificación. Si hay algo que acumular es precisamente porque en esos territorios inmanentes a las fuerzas de los

---

<sup>45</sup> Volin, *La revolución desconocida*, pp. 169-71.

sujetos revolucionarios se transformaron demasiadas cosas. Sobre todo se alteró ese proceso constante de sujeción, de constitución de sujetos específicos (el padre, la hija, el obrero, el intelectual, el militante, etc), como si desataran los nudos del lazo que nos sujeta a los patrones de vida establecidos.